

EL TINTERO

EL TINTERO
(Farsa en dos partes y una fantasía)

Pero esta vida pachonuda, comodona y egoísta, enemiga de la acción viril y atenta a la observación del ritmo cardíaco y a prevenir incidentes digestivos y pasionales, ¿merece la pena de ser vivida?

RAMÓN Y CAJAL

Estrenada en el Teatro Recoletos de Madrid, el 15 de febrero de 1961 por la Compañía del G.T.R., con el siguiente

REPARTO

CROCK	Agustín González
CONSERJE	Manuel Torremocha
FRANK	Antonio Queipo
AMIGO	Antonio Casas
LIVI	Roberto Llamas
PIM	Antonio Medina
PAM	Pedro del Río
PUM	Pablo Isasi
DIRECTOR y NEGOCIANTE	Enrique Navarro
SECRETARIA	Julia M. ^a Butrón
SEÑORA SLAMB	Magda Roger
FRIDA	Amparo Soler Leal
VIGILANTE	Manuel Torremocha
MAESTRO	Vicente Ros

Decorados Jardiel

Dirección
JULIO DIAMANTE

Personajes

CROCK

CONSERJE

FRANK

AMIGO

LIVI

PIM

PAM

PUM

DIRECTOR Y NEGOCIANTE

SECRETARIA

SEÑORA SLAMB

FRIDA

VIGILANTE

MAESTRO

VOCES, que se oyen por un dictáfono.

A Paula

PRIMERA PARTE

El decorado de esta obra ha de ser totalmente esquemático. Los elementos de decoración de cada uno de los cuadros estarán reducidos al mínimo; pero todos procurarán dar idea del lugar en que nos encontramos, con toda exactitud, sin que quepa ninguna duda: el despacho del negociante será «el despacho del negociante»; la mesa de la oficina será «la mesa de la oficina»; la alcoba de la pensión de Crock será «la alcoba de la pensión de cualquier pobre hombre».

Los personajes deben vestir conforme a la categoría social que desempeñan. La descripción que se hace de alguno de ellos, a lo largo de la acción, puede bastar para definirlo. Los demás no necesitan descripción. Sus frases los definen sobradamente, y serán orientación suficiente para el director y el figurinista.

La luz desempeña en esta historia un papel, si no esencial, sí, al menos, muy importante. Debe subrayar los momentos más dramáticos, tales como la escena final del primer acto, la recepción del cese en la pensión del Crock y el momento en que Crock queda solo en el parque después de que el Vigilante se lleva detenido al Amigo.

Una música adecuada debe servir de fondo a los pasajes que se señalan expresamente a lo largo de la acción. Para los momentos muy alegres debe utilizarse una ligera marcha norteamericana. Los momentos dramáticos se marcarán con una melodía triste; una melodía que tenga mucha fuerza expresiva. No importa que resulte un poco desagradable.

En la escena final se oirá, como fondo, una marcha fúnebre.

CUADRO PRIMERO

Oficina de CROCK. CROCK, sentado a su mesa, rodeado de voluminosos expedientes, de pilas de legajos, trabaja afanosamente. Parece una máquina.

(Después de un largo silencio, durante el que sólo se oye el ruido de papeles que hace CROCK, éste deja de trabajar, se levanta, mira sigilosamente a los dos laterales y vuelve a su mesa frotándose las manos, con la expresión más risueña, más humana. Abre un cajón de su mesa y saca un florero. Abre otro cajón y saca un pequeño ramo de flores. Coloca con esmero las flores y se pone a silbar. Las huele y respira hondo, con los ojos cerrados. Luego se sienta y, mientras silba en tono muy bajo, queda mirando, absorto, las flores, con expresión definitivamente feliz.

Aparece el CONSERJE con un montón de papeles, que deja, con ademán cansino, sobre la mesa de CROCK. Cuando se va a marchar repara en el florero.)

CONSERJE.— Buena mañana, ¿eh?

CROCK.— Muy buena. Una estupenda mañana de primavera.

CONSERJE.— *(Despectivo.)* Primavera... *(Con severidad.)* Señor Crock..., ¿le parece bonito?

CROCK.— ¡Me parece muy bonito!

CONSERJE.— *(Sibilino.)* También le parecerá bonito que dé parte de usted al Jefe de Personal...

CROCK.— No lo hará, ¿verdad?

CONSERJE.— Si le vuelvo a ver con esa porquería encima de la mesa, ya verá usted si doy o no doy parte.

CROCK.— ¿Usted no ha olido nunca las flores?

CONSERJE.— No puedo. Me hacen estornudar. *(Gritando.)* ¡Y basta de charla! Ya sabe lo que le he dicho. Como las vuelva a ver ahí encima daré parte de usted... Va contra el reglamento.

CROCK.— ¡Qué reglamento ni reglamento! ¿Quién es usted para amenazarme a mí? *(Se pone en pie, enfurecido.)*

CONSERJE.— Soy el Conserje. No “un” conserje. ¡El Conserje! El que cobra más gratificación de todos, el brazo derecho del señor Jefe de Personal. No lo olvide. Soy... ¡el Conserje!

CROCK.— ¡El que cuenta todos los chismes de la oficina!

CONSERJE.— El que hace respetar el reglamento. Y usted siempre está saltándose a la torera. Es malo saltarse el reglamento a la torera. Se expone uno a terminar mal, muy mal. ¡Y se acabó! ¡Quite ahora mismo eso de ahí encima!

(CROCK le mira, acobardado; coge las flores, las saca del florero y las guarda. Luego guarda el florero. El CONSERJE sonríe con aire de triunfo y se marcha. CROCK se pone a trabajar con el mismo furor que al principio. Su cara es otra vez taciturna. Al cabo de un buen rato para en seco. Está pensativo y preocupado. De pronto, como si el CONSERJE estuviera allí mismo, dice, dirigiéndose al sitio que ocupaba el otro:)

CROCK.— ¿Y quién es usted para decirme que quite las flores de mi mesa? A mí los conserjes me importan un comino. ¿Lo ve? *(Saca las flores y las coloca allí encima.)* Soy un hombre... ¡Y tengo narices! ¡Y hay primavera! ¡Y hay flores! ¡Y puedo olerlas porque huelen a gloria! ¡Tengo un carnet de identidad y una chaqueta y un chaleco! Las narices se han hecho para algo, ¿no? Y la boca también. ¡Y el corazón y la alegría! *(Huele a flores profundamente y se pone a cantar con una voz lamentable “La donna é mobile”.)*

(Aparece el Jefe del Personal. Es un tipo de hortera refinado. Traje verdoso, calcetines amarillos y zapatos colorados. Es algo cargado de hombros y lleva un lacio y repugnante bigote, que cae hacia las comisuras de los labios con una languidez desesperante. Su palidez biliosa y su cara de odio reconcentrado por todo cuanto le rodea en la vida le dan un aspecto francamente nauseabundo. Le llamaremos FRANK, y podemos suponer que tiene esa edad peligrosa en la que un hombre ha perdido

las energías y no ha conseguido subir más que muy poco. Supongamos que tiene, pues, treinta y ocho años. Viene frotándose las manos, gesto que repetirá constantemente, y procura dibujar en su cara una sonrisa que se queda en una horrorosa mueca.)

FRANK.— Señor Crock... (CROCK *calla.*) ¿Se piensa pasar toda la mañana haciendo... disparates?

CROCK.— No, no, señor.

FRANK.— ¡Usted estaba cantando!

CROCK.— Sí, señor...

FRANK.— (Cogiendo las flores y tirándolas a la papelera.) Crock..., ¿florecitas a sus años?... ¿Le parece bonito? ¿Y el reglamento?

CROCK.— ¡Es primavera!

FRANK.— ¿Dónde? Yo no la veo. ¿Lo dice el reglamento?

CROCK.— Ahí fuera. En la calle. Mire los arboles, y los niños, y las mozas...

FRANK.— ¿También libidinoso? Mal camino lleva, querido Crock.

CROCK.— No es malo, señor Frank. ¡Se lo aseguro!

FRANK.— ¡Todo es malo cuando supone una falta de respeto! (Ha hecho ya casi mutis, frotándose de nuevo las manos.) Usted siempre hace lo que está prohibido en la casa. Eso es grave. ¡Muy grave!

CROCK.— ¿Por qué esta prohibido?

FRANK.— Por orden del señor director.

CROCK.— Pero ¿por qué?

FRANK.— Por qué... ¿qué?

CROCK.— No, nada, nada... Usted perdone.

FRANK.— ¿Cómo va el trabajo?

CROCK.— Muy bien.

FRANK.— Ya lo veremos. (Se va frotándose las manos.)

CROCK.— Pero ¿por qué no?... ¡Puaf! (Hace un gesto de fastidio y vuelve a su trabajo, malhumorado. Trabaja durante un buen rato. Largo silencio.)

(Entra el AMIGO. Edad indefinida. Pobremente vestido. Se asoma con timidez por uno de los laterales.)

AMIGO.— ¡Pscht! ¡Pscht!

CROCK.— *(Sin mirar.)* ¿Qué hay?

AMIGO.— Soy yo...

CROCK.— *(Viéndole.)* Pasa, pasa. *(Sigue trabajando a la misma velocidad.)*

AMIGO.— ¿Trabajando?

CROCK.— Como siempre.

AMIGO.— *(Sentándose en el borde de una silla.)* Por mí, sigue. ¿Cómo estás?

CROCK.— Triste, muy triste.

AMIGO.— ¿Por qué?

CROCK.— No hay primavera.

AMIGO.— ¡Si hace un día maravilloso!

CROCK.— Aquí no hay primavera.

AMIGO.— *(Incrédulo.)* ¿No?

CROCK.— Lo ha prohibido el reglamento.

AMIGO.— ¡Qué tontería! ¡El reglamento no manda en el sol!

CROCK.— ¿Qué no? Que te crees tú eso. Manda en todo. Lo ha dictado el Director.

AMIGO.— En el sol manda sólo Dios.

CROCK.— Pues el Director lo ha prohibido.

AMIGO.— ¿Qué ha prohibido?

CROCK.— Todo. Que cante, la primavera... Todo, todo.

AMIGO.— ¿Y no te aburres?

CROCK.— Mucho. Pero tengo una familia.

AMIGO.— De eso venía a hablarte. ¿Piensas traértelos definitivamente?

CROCK.— Claro. No van a estar toda la vida en el pueblo.

AMIGO.— Pues verás. Como yo ando siempre paseando, he visto hoy unas casas muy bonitas. Su alcobita, su cocinita, su retreito...

CROCK.— ¿Cuánto?

AMIGO.— Trescientas mil.

CROCK.— *(Decepcionado.)* No podré traerme la familia.

AMIGO.— Luego he visto otras peores...

CROCK.— ¿Cuánto?

AMIGO.— Cien mil. Pero esas no tienen retrete.

CROCK.— Se quedarán allí para siempre.

AMIGO.— ¿En el pueblo?

CROCK.— En el pueblo. ¡Maldita sea! Cada sábado, sesenta kilómetros en bicicleta. Me compré la “bici” porque subieron el precio del coche de

línea. Ya la he amortizado, ¿sabes? Lo malo de la “bici” es que me canso mucho. Y me da tos. Y cuando llego el sábado por la noche al pueblo no tengo fuerzas para abrazar a mi mujer. ¡Es una lata! Toda la semana soñando con llegar allí para abrazarla, y cuando llego cada sábado me acuesto y me duermo como un tronco.

AMIGO.— Pero ¡te desquitarás el domingo!

CROCK.— ¡Quia! Si me desquitara el domingo, el lunes no podría venir en la “bici”. No te conté lo que me pasó cuando estrené la “bici”. (*El otro niega.*) Llegué el sábado al pueblo. Estaba muy cansado y me dormí. Pero el domingo dije: “¡Me desquito!” ¡Y me desquité! Pero el lunes, cuando salí a la carretera, me temblaban las piernas y tuve que esperar al coche de línea, y me vine en él. (*Pensativo.*) No... No es financiero pagar por mí y por la “bici”. (*Como pensando en voz alta.*) Pero el pueblo es muy bueno. Y es muy sano. Allí corren los chicos todo el día y tienen color de manzanotas. Y la vida está más barata. El perejil lo regalan. Mi mujer se apaña mejor. Cuando encontremos piso, nos abrazaremos mucho, no tendré que hacer sesenta kilómetros a golpe de pedal; pero los chicos sólo podrán correr por el pasillo y no podrán respirar más que el humo de los autos. Hay demasiados autos aquí. Y todos echan humo. ¡Si vieras qué bien se está allí!... A ver si te animas y vas un día, hombre. Aquello es estupendo. El cielo es más grande y más azul. Y hay flores y yerbas que huelen a limpio. Mi Paquito ya está hecho un hombre. Ya va a la escuela. A los chicos hay que educarlos desde muy pequeños, para que luego sean hombres de provecho. A mi Paquito le haré médico. Y a mi Antonio, también. Es bueno ser médico. Y muy bonito. El que me ha visto a mí vive que da envidia. Y no es de los mejores, no creas. Es de la Mutua. Pero vive muy bien. Me ha puesto a plan.

AMIGO.— ¿Qué tienes?

CROCK.— Por lo visto, no tiene importancia. Lo mío se arregla haciendo dos horas de reposo después de la comida y tomando unas píldoras que venden en Suiza. Unas píldoras maravillosas. También me ha dicho que coma filetes de ternera. Dice que si como mucha carne, me pondré bien enseguida. Cuestión de vitaminas. Claro que yo prefiero que se coman la carne los chicos. Ahora están en la edad. Además, a mí no me gusta. Se me hace como un estropajo. No estoy acostumbrado. A eso, como a

todo, hay que acostumbrarse de pequeño... Y en mi casa no había carne. No éramos ricos. Lo que a mí me gusta son las judías, pero me dan flato. ¿A ti no?

AMIGO.— También. Lo que a mí me gustan son las gambas.

CROCK.— Calla... ¡Las gambas! Son carísimas. Yo las comí una vez...

(Vuelve a entrar FRANK. Trae unos papeles debajo del brazo.)

FRANK.— *(Dejando los papeles sobre la mesa de CROCK.)* Para resolver. *(Mirando fijamente al AMIGO.)* Señor Crock, ¿han dado ya la hora?

CROCK.— No, señor. Faltan veinte minutos.

FRANK.— ¿Y el trabajo?

CROCK.— Me queda muy poquito.

FRANK.— El señor Director quiere que se despache todo. ¡Todo!

CROCK.— Descuide. Lo despacharé.

(FRANK sigue mirando fijamente al AMIGO. Éste se re-vuelve nerviosamente en la silla. CROCK no se atreve a decir nada.)

FRANK.— *(Después de un prolongado silencio, como si hubiera tomado una decisión, se acerca al AMIGO.)* Señor..., ¿viene a resolver algún asunto de este departamento?

AMIGO.— No, no señor. Vengo a ver a Crock. Es mi amigo, y de vez en cuando me acerco por aquí a buscarlo y nos vamos charlando por ahí. Cuando tenemos suelto, nos tomamos un vaso de vino.

FRANK.— El señor Crock sabe muy bien que esta clase de visitas está totalmente prohibida.

AMIGO.— Llevo quince años viniendo y nadie me ha...

FRANK.— Antes esta oficina era una tremenda anarquía... Pero yo me he hecho cargo de la Jefatura de Personal para terminar con el desorden. Le ruego que se marche de aquí y espere a su amigo en la portería.

AMIGO.— Pero...

CROCK.— *(Muy violento ante la situación.)* Por favor, espérame en la taberna de siempre. En cuanto den la hora bajaré a buscarte.

(Se dan la mano. El AMIGO sale de escena, después de mirar con cara divertidísima a FRANK. FRANK está violento. No se ha dado perfectamente cuenta de la tontería que ha dicho; pero nota, sin embargo, que hay algo ridículo en su actitud.)

FRANK.— *(Después de una breve pausa.)* Compréndalo, Crock. No es cosa mía. Si por mí fuera, todos ustedes podrían venir con sus amigos a trabajar... Y con sus familias... Y con los parientes lejanos... Pero el señor Director me ha dado unas órdenes y yo he de cumplirlas por encima de todo.

CROCK.— Si mi amigo no ha hecho nunca nada malo. Se sienta ahí, me cuenta alguna historia mientras termino el trabajo, y cuando llega la hora de salir, nos marchamos. Ni siquiera me ha cogido la grapadora para jugar con ella.

FRANK.— Para esperar a los empleados está la portería.

CROCK.— En la portería hace corriente.

FRANK.— Eso no es cosa mía. Las corrientes pertenecen al negociado de grietas y ventanas. *(Se frota las manos. Pausa.)* ¿Entendido?

CROCK.— *(Con fastidio.)* Sí, señor. *(FRANK hace un ademán de salir. CROCK, después de dudar un momento.)* Señor Frank...

FRANK.— *(Volviéndose.)* Sí.

CROCK.— Quisiera... pedirle permiso para faltar esta tarde. Tengo que seguir buscando piso y...

FRANK.— Sabe usted que eso no es posible. El señor Director ha prohibido los permisos de por la tarde... y de por la mañana.

CROCK.— Tengo que seguir buscando piso... No puedo dejar para siempre a la familia en el pueblo. Los viajes en la "bici" no me sientan muy bien...

FRANK.— Creo recordar que usted tiene un día libre para resolver sus asuntos particulares, ¿no es cierto?

CROCK.— Sí, señor; los domingos. A mí me gustaría resolver mis asuntos el domingo; pero después de ver los pisos, tengo que hablar con los propietarios, y los domingos, los propietarios de los pisos se marchan en sus autos a descansar al campo y a coger lagartijas y ramitas de tomillo.

FRANK.— Es una contrariedad, créame. ¡No sabe cuánto lo siento! *(Sale fro-tándose las manos. CROCK mira hacia donde se ha ido el otro. Luego va*

a su mesa y se sienta. Intenta trabajar. No puede. Por fin, coge el teléfono y marca su número.)

CROCK.— ¿Es la taberna? Soy Crock. Que se ponga mi amigo... *(Espera un momento.)* Oye... No sabes cuánto he sentido el incidente; pero no te preocupes... Es bastante tonto y se le ha subido el cargo a la cabeza... Sí, ya sabes, eso de prohibir siempre da mucha sensación de autoridad... *(Escucha atentamente.)* Sí, tienes razón; que prohiban todo lo que quieran. Lo que no pueden prohibir es la risa y los vendedores de globos para niños... *(Escucha. Ríe ahogadamente largo rato. Aparece de nuevo, con mucho sigilo y frotándose las manos, FRANK, que escucha atentamente. CROCK no le ve.)* No, no es ningún portero. Es el Jefe del Personal... *(Ríe. Escucha, sonriente. Se da cuenta de que está FRANK allí.)* Ha vuelto... Está aquí... Vendrá a echarme otra bronca... *(Muy bajo. Al teléfono.)* Espérame; luego bajo. *(Cuelga.)*

FRANK.— *(Frotándose las manos.)* Señor Crock... Usted comprenderá que todo lo que hace no está bien. Se ha reído hace un momento. Lo he visto con mis propios ojos.

CROCK.— Sí, señor. Lo reconozco. A veces me río.

FRANK.— Y estaba usted hablando por teléfono.

CROCK.— Sí, señor.

FRANK.— Y usted comprenderá que si el señor Director prohíbe hablar por teléfono, no se debe hablar por teléfono.

CROCK.— Era mi amigo. Tenía que darme un recado.

FRANK.— ¡No hay recados! ¡No hay amigos! ¡No hay nada contra las órdenes del señor Director!

CROCK.— ¡Hombre, señor Frank!... Yo creo que...

FRANK.— *(Cortándole.)* Usted no puede creer nada. El señor Director lo ha prohibido. Y procure no retrasarse por las mañanas. Hoy se ha retrasado cinco minutos.

CROCK.— Volví a tener fiebre... Pensé que por cinco minutos...

FRANK.— Usted no tiene que pensar. ¡El señor Director lo ha prohibido!

CROCK.— En fin, usted perdone...

FRANK.— *(Hipócrita.)* ¡Oh!, yo, no, querido Crock. Esto no es cosa mía. Es cosa del...

CROCK.— *(Cortándole, con fastidio.)* ... del Director...

FRANK.— Del señor Director, exactamente. *(Sale frotándose las manos.)*

(CROCK queda pensativo. Lentamente, como un autómatas, vuelve a su trabajo. Hay un largo silencio. CROCK tose un par de veces. Por un altavoz se oye una voz hueca y campanuda que dice, sobre una música de fondo:)

VOZ.— Los que hayan sido eficientes el mes pasado pueden pasar por el despacho del Administrador Mayor para percibir el importe de su gratificación. Los que hayan sido eficientes el mes pasado pueden pasar por el despacho del Administrador Mayor para percibir el importe de su gratificación.

(CROCK se pone en pie. Se arregla la corbata y se encamina hacia el foro. En este momento se ve en el foro una lujosa mesa de despacho. Tras ella está sentado el señor LIVI. Es bajo y pálido. Casi amarillento. Sobre la mesa hay un cajoncito, dentro del que hay ordenados unos sobres que contienen la gratificación de cada uno de los “eficientes”. CROCK se acerca tímido, pero optimista, a la mesa.)

CROCK.— ¡Buenos días, Livi!

LIVI.— Buenos días, hombre, buenos días. *(Largo y embarazoso silencio.)*

¿Qué traes por aquí?

CROCK.— *(Sin tanto optimismo.)* Han avisado que se podía venir a cobrar.

LIVI.— Sí; pero hoy no damos anticipos. Sólo pagamos a los eficientes.

CROCK.— Yo este mes no quiero ningún anticipo. Me arreglaré con la gratificación.

LIVI.— ¿Qué gratificación?

CROCK.— La que pagáis hoy.

LIVI.— ¿Hoy?... ¡Ah, sí! Pero tú no ibas en esa lista.

CROCK.— *(Palideciendo.)* ¿Eh?

LIVI.— Que no estás incluido en nómina.

CROCK.— ¿Por qué?

LIVI.— *(Beatífico.)* No lo sé, hijo.

CROCK.— *(Cargado de razón.)* Yo he trabajado mucho este mes. Sólo he faltado un día. Aquel que me subió la fiebre a treinta y ocho.

LIVI.— No sé. Sólo sé que no estás en la nómina.

CROCK.— Es una broma, ¿verdad? Sí, es una broma.

LIVI.— No es ninguna broma, Crock. (*Largo silencio.*)

CROCK.— (*Tragando saliva.*) ¿Está Pum en la lista?

LIVI.— (*Vivamente.*) No sé.

CROCK.— Tú has hecho las nóminas. Tienes que saberlo. (*Cogiendo las nóminas, que están sobre la mesa.*) Mira, aquí mismo están.

LIVI.— Vamos, Crock, deja eso donde estaba. (*Se las quita rápidamente y las guarda en un cajón.*)

CROCK.— Quiero saber si Pum va a cobrar.

LIVI.— Eso a ti no tiene por qué interesarte.

CROCK.— Pues mira por dónde me interesa.

LIVI.— ¿Para qué?

CROCK.— Para saber como tratas a tus amigos. Pum no ha venido en todo el mes. Se lo contaré a todo el mundo.

LIVI.— No te gustaría perder el empleo, ¿verdad? Te callarás.

CROCK.— No me callaré.

LIVI.— No hagas tonterías. Nadie te hará caso. Todos saben que eres un rebelde. Si sigues armando jaleo por una gratificación más o menos, te vas a exponer a una tontería.

CROCK.— Es que esa gratificación la necesito.

LIVI.— No me vas a decir que trescientas pesetas te resuelven la vida.

CROCK.— ¡Me la resuelven! ¡Ya lo creo que me la resuelven! Me arreglo con poco. (*Estallando.*) Pero si también ese poco me lo quitan, iré donde sea preciso. Al mismísimo Director, ¿te enteras?

LIVI.— (*Cortándole.*) El señor Director no va a hacerte caso. Nos conoce a nosotros, y de ti sólo sabe que eres un rebelde. Y le molestan los tipos rebeldes.

CROCK.— ¡Virgen Santísima! ¡Un rebelde! ¿Yo soy un rebelde?

LIVI.— Sí, tú.

CROCK.— ¿Por qué? ¿Porque no quiero ir con vosotros ni hablar de fútbol ni de mujeres? ¿Porque me estoy muriendo de hambre, mientras vosotros vivís como príncipes?

LIVI.— Por eso mismo. ¡Eso, eso es rebeldía!

(*En este momento entra FRANK, que permanece al margen del diálogo en actitud expectante.*)

CROCK.— ¿Pasar hambre y protestar es rebeldía?

LIVI.— Sí.

CROCK.— Entonces ¿tengo que callarme?

LIVI.— Sí.

CROCK.— Pues no me callaré, no me callaré, no me callaré... (*Está enloquecido. Tose.*)

LIVI.— (*Con suficiencia.*) Está bien. Habla. Nadie te hará caso.

CROCK.— (*Anonadado.*) Nadie. (*Un silencio.*) Oye... No me digas cuánto va a cobrar Pum. Dime sólo si está incluido en la relación.

FRANK.— Perdón, Livi. Traía estas relaciones de pagos... (*Le deja los papeles sobre la mesa.*) Y te recuerdo que los nombres de las nóminas son secretos. (*A CROCK.*) Se ha excluido de ellas, como usted sabe muy bien, a todos los que han llevado un comportamiento irregular y han fumado cigarrillos durante las horas de oficina, o han comido bocadillos, o han respirado hondo. Las órdenes del señor Director deben respetarse y cumplirse por encima de todo. En cuanto a usted, señor Crock, haría mejor no perdiendo el tiempo en trivialidades. Debe trabajar más. Y moverse menos. Su hoja de servicios es lamentable. (*Se frota las manos. Se aleja unos pasos y adopta una postura expectante.*)

LIVI.— Ya lo has oído. No puedo decirte nada.

CROCK.— Está incluido; lo sé.

LIVI.— Bien, sí, está incluido.

CROCK.— ¿Y yo? ¿Por qué yo no estoy?

LIVI.— Pregunta al Jefe de Personal.

(*CROCK da dos pasos hacia el Jefe de Personal.*)

CROCK.— ¿Por qué...?

FRANK.— Pregunte usted al Jefe de los Servicios Administrativos.

(*CROCK da dos pasos ahora hacia LIVI.*)

CROCK.— ¿Por qué...?

LIVI.— Yo recibo las ordenes de Personal.

CROCK.— (*A FRANK. Repitiendo el juego.*) Dice que él cumple sus órdenes.

FRANK.— Él hace las relaciones, él mete el dinero en los sobres. Pregúntele a él.

CROCK.— Tú haces las relaciones. Me lo ha dicho él. ¿Por qué...?

LIVI.— Cumplo sus órdenes.

CROCK.— (*Repitiendo el juego.*) ¿Por qué...?

FRANK.— Ve al Jefe de Servicios Administrativos.

CROCK.— (*A LIVI.*) ¿Por qué...?

LIVI.— ¡Habla con el Jefe de Personal!

CROCK.— (*A FRANK.*) ¿Por qué...?

FRANK.— ¡Servicios Administrativos!

CROCK.— (*A LIVI.*) ¿Por qué...?

LIVI.— ¡Jefe de Personal!

(*CROCK mira a uno y otro, alternativamente, según hablan.*)

FRANK.— ¡Servicios Administrativos!

LIVI.— ¡Jefe de Personal!

FRANK.— ¡Servicios Administrativos!

LIVI.— ¡Jefe de Personal!

FRANK.— ¡Servicios Administrativos!

LIVI.— ¡Jefe de Personal!

CROCK.— ¡Bastaaaa! No quiero saber nada. Conozco el truco. Pregunta a uno, pregunta a otro, pregunta hasta que revientes de preguntar, sin que nadie te responda.

FRANK.— Si no preguntara usted...

(*Entran LOS TRES EMPLEADOS. Son tres tipos que parecen hermanos siameses. Visten trajes grises, camisas a rayas, pantalones remangados y zapatos marrones. LOS TRES llevan "Marca" en el bolsillo.*)

LOS TRES.— ¿Dan ustedes su permiso?

LIVI.— Pasen. Pase, señor Pim; pase, señor Pam; pase, señor Pum.

LOS TRES.— Tengan ustedes muy buenos días.

LIVI.— Gracias.

FRANK.— Igualmente.

LOS TRES.— Venimos a cobrar, si no les sirve de molestia.

LIVI.— ¿Cómo? Ninguna molestia. (*Saca un sobre.*) ¡Pim! (*Se acerca uno de ellos, retira el sobre, le hace una reverencia y se coloca junto a los otros.*) ¡Pam! (*El segundo repite la operación.*) ¡Pum! (*El tercero repite la operación.*)

LOS TRES.— Muchas gracias.

FRANK.— Qué, ¿ahora se irán a celebrarlo?

LOS TRES.— Nos iremos a celebrarlo en cuanto den la hora. Antes tenemos que acabar el trabajo para tener contento a nuestro querido señor Director.

LIVI.— (*A CROCK.*) ¿Tú irás con ellos?

CROCK.— No.

LOS TRES.— Nosotros no vamos nunca con Crock. Crock es la oveja negra de la oficina y fuma en el retrete cuando nadie le ve, y cuando se queda solo en su despacho, piensa, sin que se lo ordene nuestro querido señor Director.

FRANK.— Pena debía darle oír a sus compañeros hablar así de usted, Crock. Pena debía darle, un hombre joven, abandonado por todos. Corrijase, señor Crock. Corrijase, y yo le prometo interceder por usted para que le traten como a todos. ¿Verdad que ustedes me prometen ir con Crock? ¿Y tratarle como a uno de ustedes?

LOS TRES.— Si viene al fútbol, sí. Si habla de fútbol, sí. Si no fuma en el retrete, sí. Si no piensa, sí. Si no lee libros, sí.

FRANK.— ¿Ve usted qué buenos son? Olvidan todo y le brindan su amistad.

CROCK.— ¡A la porra su amistad! Me gusta leer libros y hablar con mi amigo del tiempo que hace, y... y... y hacer versos...; sí, ¡versos!, a los árboles verdes y a los arroyos frescos, que están tan lejos de vosotros. ¡A la porra el fútbol y vosotros! Me tenéis envidia, porque quisierais ser como yo, y fumaros un pitillo, y pensar, y tener un amigo. Pero ¿por qué me tenéis envidia? Vosotros habéis elegido todo esto, y yo, no. Vosotros tenéis una casa con alcobas y cocina y retrete. Yo no tengo casa. Vivo en casa de mi suegra, en el pueblo, y en mi casa no hay retrete. Pero mis hijos cagan tan ricamente en el campo. ¿Por qué me tenéis envidia?

LOS TRES.— No te tenemos envidia, porque estás loco.

FRANK.— Muy bien contestado. Hablaré con el señor Director para que les suba un duro el sueldo.

(CROCK rompe a reír estrepitosamente.)

CROCK.— ¡Loco! Loco porque digo lo que vosotros no os atrevéis a decir. *(Vuelve a reír.)* ¡Majaderos! Me dáis asco... Asco y pena... ¿Por qué tenéis que hacer reverencias a este señor, que en vez de dentífrico dice dentrífico? ¡Y lo escribe! *(Lo ha dicho por FRANK.)* Tenéis miedo a que os echen.

LOS TRES.— Amamos a nuestro querido señor Jefe de Personal y lo reverenciamos cual se merece.

CROCK.— ¡Mentira! Os he oído cuchichear de él muchas veces.

LOS TRES.— ¡Eso es falsísimo!

CROCK.— Los falsos sois vosotros. No queréis daros cuenta. *(A gritos.)* ¡Tenéis derechos! ¡Sois hombres!

LOS TRES.— Con su permiso, señor Jefe de Personal, nos ausentamos de aquí para ir a trabajar a nuestros negociados y tener todo en orden, y luego podernos ir a casa a disfrutar de la vida con nuestras esposas y nuestros hijos y nuestras suegras paralíticas.

FRANK.— Bien, hijos míos, bien. Auséntense y así evitarán tener que oír estos discursos revolucionarios.

LOS TRES.— ¡Buenos días, señor Livi! ¡Buenos días, señor Frank!

(Hacen una reverencia y salen como y por donde entraron.)

CROCK.— *(Gritándoles, cuando ya se han ido.)* ¡Sí, “marcharos”, no escuchéis! ¡Iros a vuestras casitas a comer judías! ¡Os pondréis cada día más colorados y os haréis viejos, muy viejos, y luego os moriréis! ¡Os moriréis igual, me oís! *(Rompe a toser.)*

LIVI.— Tranquilízate y vete. Y procura recapacitar, hombre. Yo soy un buen amigo tuyo y te doy siempre buenos consejos.

CROCK.— ¿Tú amigo mío?... *(Rompe a reír estrepitosamente.)* ¿Por qué no me dices si algún día voy a cobrar lo mismo que todos?

FRANK.— Eso es secreto. ¡Y basta de tonterías! ¡Lo primero que tienes que hacer es cumplir!...

CROCK.— Yo cumplo.

FRANK.— ¡Y trabajar!

CROCK.— Yo trabajo.

FRANK.— ¡Y respetar!

CROCK.— Yo respeto.

FRANK.— Y hacernos reverencias.

CROCK.— (*Rompe a reír.*) Yo fumo, yo pienso, yo leo libros. ¡Yo no reverencio a nadie!

LIVI.— Tú eres un peligro. ¡Modifícate!

CROCK.— No quiero.

LIVI.— El Director lo sabe. (*Suena el timbre del dictáfono.*) ¡Diga!

SEÑORITA.— (*Al dictáfono.*) El señor Director va a salir de su despacho.

(*FRANK, como si hubiera oído que se estaba hundiendo la casa, sale corriendo a paso gimnástico.*)

LIVI.— Gracias, señorita. (*Guarda en el cajoncito los sobres del dinero y las nóminas y luego mete todo en un cajón de su mesa y cierra con llave.*

CROCK *le mira atónito. Acciona de nuevo el dictáfono.*) Conserjería...
Conserjería...

CONSERJE.— (*Al dictáfono.*) Aquí Conserjería.

LIVI.— Pónganse las chaquetas y colóquense en línea. Va a salir el señor Director.

CONSERJE.— A sus órdenes, señor Livi.

LIVI.— (*Accionando otro mando del dictáfono.*) ¡Sonido!... ¿Me oye?... ¡Sonido!...

HOMBRE.— Departamento de Sonido al habla.

LIVI.— Va a salir el señor Director. ¿Preparados?

HOMBRE.— (*Al dictáfono.*) ¡Preparados!

LIVI.— ¡Sonido!

(*Inmediatamente empieza a oírse una brillante marcha norteamericana interpretada por una numerosa banda. LIVI empieza a recoger unos papeles que hay sobre su mesa y los mete apresuradamente en la cartera.*)

CROCK.— ¿Quieres decirme de una vez con quién tengo que hablar para que me paguen?

LIVI.— El Jefe de Personal. ¡Déjame ahora!

CROCK.— (*Frenético.*) El Jefe de Personal no me hace caso.

LIVI.— Eso ya no es cosa mía.

CROCK.— ¡Me estoy hartando!

LIVI.— ¿Por qué no te marchas y dejas la oficina?

CROCK.— (*Cogiéndole por las solapas.*) ¿Qué quieres? ¿Que me vaya? ¡Quia! Necesito comer. ¡Estaré aquí, aquí, aquí!

LIVI.— No te violentes. Soy tu amigo. Procuraré ayudarte.

CROCK.— ¡Tú no ayudarías ni a tu padre!

LIVI.— (*Con miedo.*) ¡Suéltame! Va a salir el señor director... (*Se suelta suavemente.*)

CROCK.— ¡Necesito dinero, necesito comer! ¡Y mi mujer y mis hijos!

LIVI.— (*Apartándole suavemente.*) Por favor... (*Se va hacia el centro del escenario con la carpeta debajo del brazo. El escenario se ha iluminado con una luz blanca y desagradable.*)

(Por el primer término, izquierda, aparece, andando de espalda, ligeramente inclinado hacia delante, con una beatífica sonrisa en los labios, FRANK. Se ha cambiado de chaqueta y ahora lleva una gris, remendada por los codos. Parece transfigurado. Detrás de él aparece un tipejo delgadito, muy elegantemente vestido, que lleva un bigotito muy cuidado y cuyos ademanes son los de un perfecto histérico. Debajo del brazo lleva una cartera. Sonríe y se pone serio a cada instante. LIVI, situado en el centro del escenario, está en correcta posición de firmes. CROCK, en último plano, contempla la escena entre divertido y asqueado. La música ha subido de tono, hasta hacerse molesta y apagar por completo las palabras de la conversación que, sin duda, mantienen los tres personajes de primer término. Al llegar al menguado cortejo al centro de la escena, LIVI avanza un paso y dice algo al DIRECTOR. La música impide oír lo que hablan. El DIRECTOR responde algo y los otros dos ríen sin ganas, pero estrepitosamente. El DIRECTOR vuelve a decir algo y los

otros dos asienten. Luego, el DIRECTOR emprende la marcha hacia el lateral derecho. Al llegar allí se detiene, dice algo en tono autoritario: una ordenanza nueva, sin duda. Los otros asienten, después hacen una profunda reverencia y el DIRECTOR sale. La música cesa. LIVI y FRANK vuelven a ser mamíferos totalmente verticales; CROCK está inmóvil. Parece que le han clavado al suelo. Está como ido.)

LIVI.— Me parece muy bien que se lo hayas dicho.

FRANK.— *(Cargado de razón.)* Hay que terminar con estas cosas.

LIVI.— Ese hombre puede ser un peligro. Imagínate que un día consigue meter a todos en la cabeza sus ideas.

FRANK.— No, no lo pensemos. Hay que encontrar el medio para que eso no suceda.

LIVI.— ¿Un expediente?

FRANK.— Un expediente a tiempo, sí, señor.

LIVI.— ¡Lo que nos vamos a divertir!

FRANK.— Los expedientes tienen eso. Son muy divertidos.

LIVI.— *(Mirándole.)* Crock es un caso clínico. Desde que le vi por primera vez me dije: “Acabará mal, muy mal. Un hombre capaz de no comer y llevar una flor en el ojal es capaz de cualquier cosa”.

FRANK.— Tú lo has dicho. De cualquier cosa.

(Aparece el CONSERJE con la americana del traje de FRANK y un detonante abrigo verde. FRANK se quita la chaqueta y se pone la otra. Luego se pone el abrigo. El CONSERJE le besa la mano y se retira andando de espalda.)

LIVI.— ¿Nos vamos a comer?

FRANK.— Cuando quieras. *(LIVI se dirige hacia el foro. FRANK queda parado en el lateral derecho. CROCK empieza a andar hacia su mesa muy despacio. Se oye una musiquilla triste. Al llegar a su mesa recoge una gabardina muy raída. LIVI se está poniendo su abrigo.)* Qué, Crock, ¿a comer?

CROCK.— *(Escéptico.)* Sí.

FRANK.— Pues..., nada, que aproveche. Y ya sabe, puntualidad...

CROCK.— Me parece que me ha subido la fiebre.

FRANK.— Eso es cosa suya. Pero ya sabe que está prohibido tener fiebre.

(Salen los tres funcionarios marchando el paso, y al pasar ante FRANK hacen una reverencia.)

LOS TRES.— *(Cantando.)*

¡Viva la vida,
alegre y divertida!
¡Viva la vida,
alegre y divertida!

(Desaparecen por el lado opuesto. LIVI está metiendo unas cosas en su cartera.)

CROCK.— Si pudiera no venir esta tarde...

FRANK.— Poder, puede. Pero ya sabe a lo que se expone. Está prohibido faltar por enfermedad, por vejez y por muerte de parientes o propia. Procure mejorarse. Adiós.

(Llega LIVI al lado de FRANK y los dos salen juntos. Van cuchicheando. CROCK se deja caer en la silla que hay en su mesa. La música sube de tono. Se estremece. Sin duda, tiene fiebre.)

CROCK.— Faltar... No faltar... Faltar... No faltar... *(Gesto de cansancio. Se quita la gabardina.)* Comeré aquí mismo. No faltaré nunca, ¡nunca! *(Saca del bolsillo de la gabardina una pequeña barra de pan. Luego, del bolsillo de la americana, una navaja. Abre la barra de pan por la mitad para hacerse un bocadillo. Deja colocado el pan, coge una cuartilla blanca, la mira por los dos lados, la dobla en varios dobleces, la coloca en medio del pan y empieza a comer. Hace un gesto de asco al tragar. Va a dar el segundo bocado, hace un ademán de impotencia y tira el bocadillo a la papelera.)*

(Aparece el AMIGO.)

AMIGO.— Ya se han ido todos.

CROCK.— Sí; ya lo sé.

AMIGO.— Llevo una hora esperándote en la taberna.

CROCK.— Tengo que estar siempre en la oficina.

AMIGO.— Anímate; tengo buenas noticias.

CROCK.— No hay buenas noticias.

AMIGO.— Sí. Me he acordado de que conozco a un hombre muy rico que tiene casas aquí. Él nos proporcionará una. Era de mi pueblo. ¿Cuándo te parece que vayamos a verle?

CROCK.— (*Sin entusiasmo.*) Esta misma tarde.

AMIGO.— ¿Tienes permiso?

CROCK.— No hay permisos.

AMIGO.— ¿Entonces?

CROCK.— Esta tarde iremos.

AMIGO.— Como quieras. ¿Vamos a tomar un vaso de vino?

CROCK.— No hay dinero.

AMIGO.— Yo sí tengo. Un hombre me ha dado dinero esta mañana.

CROCK.— ¿Por qué?

AMIGO.— Me ha sonreído. Nada más. ¿Vamos?

CROCK.— Preferiría que me prestases un duro para comprar unas cosas... El sábado tengo que ir al pueblo... Se me han acabado los parches de la “bici”. A veces se pincha, y si no llevo parches... Además..., quiero comprar un caramelo a los chicos. Les gusta mucho que les lleve un caramelo.

AMIGO.— Toma. (*Le da el dinero.*)

CROCK.— Gracias. (*Se levanta perezosamente.*) Si se me arreglara lo del piso... (*Se pone la gabardina.*) Iremos esta tarde. A las cuatro.

AMIGO.— A las cuatro.

CROCK.— Con la familia cerca se siente uno más fuerte. Dan mucho calor, y mucha fuerza, y muchas ganas de vivir. Parece como si ellos te empujaran con todas sus fuerzas para seguir el camino.

AMIGO.— ¿Qué camino?

CROCK.— No sé; todo lo que le pasa a uno: las injusticias, los pinchazos de la “bici”, el cansancio... (*Salen.*)

(*Oscuro.*)

CUADRO SEGUNDO

Al iluminarse la escena, en el lugar donde estaba la mesa de CROCK, hay ahora una mesa de despacho de adinerado hombre de negocios.

(Sentado a la mesa hay un hombre cuarentón, de aspecto agradable, gordo y pletórico. Se dedica afanosamente a limarse las uñas. A este caballero, que se llama don Ulrico, le llamaremos NEGOCIANTE. Un silencio. Suena la chitarra.)

NEGOCIANTE.— *(Conectando.)* ¿Qué hay?

SEÑORITA.— *(Al dictáfono.)* Dos hombres desean verle.

NEGOCIANTE.— ¿Hombres?... *(Extrañado.)*

SEÑORITA.— Sí, señor.

NEGOCIANTE.— A mí sólo vienen a verme señores.

SEÑORITA.— Pues éstos sólo son hombres.

NEGOCIANTE.— ¿Qué quieren?

SEÑORITA.— Dicen que los ha citado. Son de su pueblo.

NEGOCIANTE.— ¡Que pasen!

(Entran CROCK y su AMIGO.)

AMIGO.— Buenas tardes, don Ulrico. ¿Cómo está usted?

NEGOCIANTE.— Estupendamente. *(No se ha levantado. Les tiende la mano.)*

AMIGO.— Es mi amigo Crock.

CROCK.— Mucho gusto.

NEGOCIANTE.— *(Yendo al grano.)* ¿Vienen por lo del piso?

AMIGO.— Sí.

NEGOCIANTE.— ¿Cuánto puedes invertir?

CROCK.— ¿Invertir?

NEGOCIANTE.— ¡Sí, invertir, invertir!

CROCK.— Invertir..., ¡nada!

NEGOCIANTE.— Entonces, ¿a qué han venido?

CROCK.— A ver si usted nos proporcionaba un piso.

NEGOCIANTE.— (*Con beatífica sonrisa.*) Amigo mío..., es una ingenuidad por su parte pretender comprar sin dinero. ¿Cómo se compra usted los trajes?

CROCK.— No me los compro. Mi cuñado me regala los suyos viejos. Pero me sientan muy bien. (*Se pone en pie.*) Mire esta americana; parece hecha a medida. Y es que mi cuñado es más alto; pero mi mujer me mete las sisas y acorta las mangas y ...

NEGOCIANTE.— Vayamos al grano. Un piso no se puede vender por menos de trescientas mil. Si no, no es negocio. De manera que si no tiene dinero, no se puede comprar... A no ser que su cuñado...

CROCK.— No, no, señor. Mi cuñado, no.

NEGOCIANTE.— Pues yo, tampoco. Lamento no poder servirle, y más siendo amigo de aquí... (*Se pone en pie.*) Mucho gusto. (*Les da la mano.*) Espero poder servirles en otra ocasión. Adiós.

CROCK.— (*Después de una larga pausa, mientras el NEGOCIANTE los empuja sin ninguna consideración hacia la puerta.*) ¡Habrá alguna solución! Yo no puedo seguir yendo todas las semanas al pueblo. La “bici” acaba conmigo...

NEGOCIANTE.— Los pueblos son muy sanos. (*Los empuja otro poco.*)

CROCK.— A los chicos les sienta muy bien el aire, pero dicen muchas palabrotas, y yo quiero que sean unos chicos educados. Yo no puedo estar encima de ellos toda la vida. Vivo en una pensión barata, aquí. En mi alcoba duerme un hombre que descarga fruta en el mercado. Ronca y tiene flato... La habitación huele... a sardinas, a repollo, ¡a diablos! Me gustaría vivir como todo el mundo. No pido un palacio, ¿sabe?

AMIGO.— Haga usted algo, don Ulrico. Es de conciencia. Yo sé que usted es muy bueno. Recuerdo, cuando era pequeño, que todos los domingos, a la salida de misa, usted y su santa madre nos echaban perras gordas a todos los pobres del pueblo.

NEGOCIANTE.— Sí, mi madre era una santa.

AMIGO.— Para mí no le pido nada. Nunca he pedido a nadie. No necesito nada. Haga algo por él, don Ulrico.

NEGOCIANTE.— (*Conmovido.*) ¡Qué más quisiera yo! (*Pensativo.*) A mí estas cosas que parten el alma. Ya sé que en el mundo hay mucha miseria, y me gustaría remediarla; pero ¿cómo? Yo no puedo hacer más. Doy todos los meses una limosna al asilo, pago un recibo de caridad para los pobres del distrito, y cuando reparto beneficios anuales entrego una res-

petable cantidad a una fundación de beneficencia. Mi mujer es dama de la Cruz Roja y socia de tres o cuatro sociedades de asistencia de inválidos, niños tontos y señoras de mala fama. ¿Qué más puedo hacer? No creo que se pueda hacer más. Bueno, sí; podría coger mis fincas, mis negocios y mi dinero y dárselos a este señor. (*Por CROCK.*) Pero si lo hiciera, este señor viviría estupendamente y yo no podría vivir. (*Los otros dos asienten de mala gana, medio convencidos.*) A mí, al principio también me costó mucho levantar cabeza. Hubo días que hasta pasé hambre. Luego se me fueron arreglando las cosas, y ya ve... Pero todo lo he hecho con mi esfuerzo, con mi trabajo, con mi ahorro.

CROCK.— (*Con un brillo de luz en la mirada.*) ¿Y cómo lo consiguió usted?

NEGOCIANTE.— ¡Oh! Es muy largo de contar. Sólo le diré que antes de la guerra yo era un pobre chupatintas. En mi casa no había más que un colchón en el suelo y un panecillo de quince. Y yo estaba medio tísico. (*Carraspea y hace un gesto de asco.*) Pero la vida da muchas vueltas... Esa enfermedad me libró de ir a primera línea. Gracias a eso pude abrirme camino poco a poco. Y ya ve. Todo se arregló.

CROCK.— (*Con entusiasmo.*) ¡Yo también estoy enfermo! ¿Usted cree que habrá guerra?

NEGOCIANTE.— ¿Una guerra ahora? ¡Calle, hombre, por Dios! ¡Eso sería mi ruina!

CROCK.— Pero tal vez a mí...

NEGOCIANTE.— (*Fastidiado.*) Ya lo digo. No hay posibilidad de proporcionarle piso. Lo siento. ¡Adiós!

AMIGO.— ¡Haga algo, don Ulrico!

CROCK.— ¡Haga algo!

NEGOCIANTE.— (*Sacando una moneda del chaleco.*) Tome, una peseta. ¡Adiós!

CROCK.— No es una peseta. Es algo más. Necesito que me salga alguna cosa bien en la vida. ¡Bah! Todo eso son sueños. Nada más que sueños. La mutua me da crédito para comprar un piso, pero no llega. Y aunque llegara, luego, con pagar todas las mensualidades de amortización, se iría el sueldo entero y todavía me faltarían treinta y nueve pesetas. No puedo, se lo aseguro. En la oficina no me dejan oler flores ni cantar. Y canto bien, se lo juro. No desafino. Pero el jefe no quiere... Él no puede entenderlo. Yo, cuando canto, por lo menos... Por lo menos..., ¿qué estaba diciendo? Todo lo quieren para ellos y para sus amigos. Yo

debía ser más alegre y más simpático. Es muy importante ser simpático; pero ¿cómo se puede ser simpático? ¿Cómo? *(Cae en uno de los sillones como desfallecido. Empieza a toser.)*

NEGOCIANTE.— Debilidad... ¡Eso es horrible!... *(Recordando algo.)* Por cierto que... *(Acciona el dictáfono.)*

SECRETARIA.— *(Al dictáfono.)* Dígame, don Ulrico.

NEGOCIANTE.— ¿Es la hora de las vitaminas?

SECRETARIA.— Sí, señor.

NEGOCIANTE.— Tráigamelas. *(Al AMIGO.)* No se pueden perder las energías. Hay que recuperarlas como sea. *(Entra la SECRETARIA llevando un vaso con zumo de naranja, unas pastillas y una cajita de bombones. NEGOCIANTE, mientras se toma las pastillas, hace gestos como un niño.)* Saben a rayos. *(Bebe el zumo de naranja. Chasquea la lengua.)* Perfecto, señorita. Muy fresquito. Y ahora, el bomboncito, que deje la boca dulce. Gracias, señorita. *(Sale la SECRETARIA. Acercándose a CROCK y tratándole compasivamente.)* Vamos, hay que animarse. *(CROCK le mira atónito. Como si no creyese lo que ha oído.)* A veces todo sale mal; pero no hay que desesperar.

CROCK.— ¿No?

AMIGO.— ¡Ya lo oyes!

NEGOCIANTE.— ¡Claro que no, hombre! *(CROCK tose.)* Y para que vea que no soy mala persona, le voy a dar una buena noticia: vuelva usted por aquí dentro de un par de días. Habrá algo para usted.

CROCK.— ¿Un piso?

NEGOCIANTE.— No. Un trabajillo para por las tardes. Y si le interesa, también podrá tener otro trabajillo para por las noches.

CROCK.— Gracias, muchas gracias.

AMIGO.— Gracias, don Ulrico. Es usted muy bueno. Tan bueno como su santa madre.

NEGOCIANTE.— ¡Por Dios! ¡Por Dios! No merece la pena.

CROCK.— Gracias, gracias. *(Se dan la mano.)*

NEGOCIANTE.— Adiós. *(Salen CROCK y el AMIGO. El otro respira con alivio. Saca un pañuelo y, mientras los ve salir, se seca la mano con que ha estrechado las de los visitantes. Luego va despacito a su sillón y vuelve a sentarse. Da una vuelta al sillón. Está muy alegre. Se ha empezado a oír una musiquilla agradable. Acciona el pulsador de un timbre. Vuel-*

ve a limarse las uñas con aire pensativo. Entra la SECRETARIA con un block de notas y un lapicero.) ¿Está todavía libre la vacante que dejó aquel idiota?

SECRETARIA.— Sí, señor.

NEGOCIANTE.— Bien; tome nota. Una carta al Jefe de Personal de la Dirección de Asuntos Importantes pidiendo informes sobre un tal Crock, que trabaja allí. Cuando la tenga hecha me la pasa para la firma. *(Se levanta y se acerca a ella.)* Es urgente. Un caso de conciencia. *(Sacando un bombón del bolsillo.)* ¿Un bomboncito, señorita?

SECRETARIA.— *(Tomándolo.)* ¡Qué amable es usted! *(Ella le barbillea.)*

NEGOCIANTE.— Sí; soy muy amable, muy amable. *(Le da un azotito. Ella sonríe y sale.)*

(Saca un magnífico habano de una lujosa cigarrera, lo muerde, lo enciende; da una vuelta al sillón giratorio, en el que acaba de sentarse, y fuma con aire satisfecho. Cesa la música. Oscuro.)

CUADRO TERCERO

Dos camastros, una silla, un lavabo y una percha de árbol nos sitúan ahora en la miserable pensión de CROCK.

(Entran en escena CROCK y el AMIGO.)

AMIGO.— Ahora te acuestas, descansas, y mañana te encontrarás mejor.

CROCK.— No quiero acostarme, no quiero quedarme solo. Me dan miedo las paredes, la cama, todo.

AMIGO.— Me quedaré contigo. ¿Quieres que juguemos a las cartas?

CROCK.— Bueno. De garbanzos. ¿Quieres llamar a la patrona para que traiga una baraja?

AMIGO.— *(Acercándose a un lateral.)* ¡Señora Slamb!

CROCK.— Más fuerte. Es muy sorda.

AMIGO.— *(A gritos.)* ¡Señora Slamb!

CROCK.— ¡Qué pulmones! Si yo pudiera chillar como tú. (*Aparece la SEÑORA SLAMB vestida con harapos. Desgreñada, sucia y relativamente bondadosa.*)

SEÑORA SLAMB.— ¿Llamaba usted?

CROCK.— (*Al AMIGO.*) Pregúntale que si tiene una baraja.

AMIGO.— (*Chillando.*) ¿Tiene usted una baraja?

SEÑORA SLAMB.— Sí. Hará como media hora vino un señor preguntando por él. Creo que era el médico de la oficina; pero no me haga mucho caso, porque con mi oído... ¿Hay médicos inspectores? Creo que dijo algo así. Médico inspector de la oficina.

CROCK.— (*Dando un respingo.*) ¡El médico! En cuanto falto lo mandan. Y saben que estoy enfermo.

AMIGO.— No te preocupes. Descansa...

CROCK.— ¡Descansar! (*Chillando mucho, como si hubiera conseguido sacar fuerzas de su miserable cuerpo.*) ¡Y qué le ha dicho usted!

SEÑORA SLAMB.— Que había ido a buscar piso.

(*Un silencio. Los dos AMIGOS se miran.*)

AMIGO.— Será un simple trámite. Comprenderán tu situación y no te dirán nada.

CROCK.— Ellos no comprenden nada. Van a lo suyo.

AMIGO.— Son hombres... Tendrán un corazón.

CROCK.— ¡Tienen una estilográfica! No piensan; firman. No respiran; instruyen expedientes. No lloran; echan tinta.

SEÑORA SLAMB.— Bueno, que tengo la cocina empantanada. ¿Quieren algo más?

AMIGO.— (*A gritos.*) ¡Una barajaaa!

CROCK.— No, déjalo; no tengo ganas de jugar.

AMIGO.— (*Igual.*) ¡No la traigaaa! (*La SEÑORA SLAMB se encoge de hombros y sale. CROCK rompe a toser. El AMIGO se acerca.*) Debes echarte. Estarás mejor.

(*CROCK se tumba en la cama. Un silencio.*)

CROCK.— (*Respirando trabajosamente.*) Siéntate ahí. (*Señala los pies de la cama. Vuelve a toser.*) Apaga la luz, ¿quieres? Me duele la cabeza.

(El AMIGO hace ademán de apagar la luz. Queda la escena en una tibia penumbra, muy agradable. Se sienta a los pies de la cama.)

CROCK.— ¿Tú conoces el mar?

AMIGO.— Sí.

CROCK.— ¿Es muy bonito?

AMIGO.— Mucho. ¿Tú no lo has visto?

CROCK.— Nunca. ¿Y qué dice la gente cuando lo ve?

AMIGO.— Nada. Mira con atención y escucha el ruido de las olas sin respirar. Algunos se mojan los pies. Y las manos. Otros, después de mirar al mar, miran el cielo.

CROCK.— Cuando yo vaya al mar me mojaré los pies, y las manos, y la cara, y luego miraré al cielo. Será como estar mirando un mundo diferente, que no tenga nada que ver con esto. Un mundo sin oficinas y sin tinta, sin casas y sin muebles. Un mundo con una ventana muy grande por la que puedas mirar siempre, sin cansarte nunca... *(Tose.)*

AMIGO.— No hables; es peor.

CROCK.— Es igual. *(Un silencio breve.)* Si alguna vez consigo dinero iré al mar. Cuando era chico, siempre pensaba que tenía que ganar mucho dinero para vivir mejor que mis padres. *(Transición.)* Mi padre era un buen hombre. A veces se emborrachaba, para olvidarse Dios sabe de cuántas cosas. Yo juré no emborracharme nunca. Y es lo único que he conseguido de todo lo que me he propuesto. ¿Por qué no será todo el mundo un mar muy grande, muy tranquilo, lleno de color azul y olor fresco?

AMIGO.— ¿No pides mucho, Crock?

CROCK.— ¿Nunca has pedido tú nada?

AMIGO.— Una vez, de pequeño, pedí una pelota. No me la compraron. Desde entonces no he vuelto a pedir nada.

CROCK.— ¿Quieres que vayamos al parque?

AMIGO.— Hoy, no. Cuando te encuentres mejor.

CROCK.— *(Incorporándose con rabia.)* ¿Tú crees que se puede mejorar? ¡No, no se puede mejorar!

AMIGO.— Ten paciencia...

CROCK.— (*Acostándose, jadeante.*) De pequeño, mi madre me llevaba al parque. Los domingos me alquilaba una bicicleta... ¡Una bicicleta! Allí aprendí a montar. Hacía mucho calor y yo corría con todas mis fuerzas. Parece como si todo aquello no hubiera sido nunca verdad. Como si lo hubiera soñado. Y a lo mejor lo he soñado. No puede haber cosas tan bonitas como ese trago de agua que se sueña que se bebe a morro en la fuente del parque, cuando se está reventado de correr. Y los pájaros no cantan al caer la tarde, no hay brisa fresca ni los árboles se mueven como si fueran personas alegres. Todo eso son sueños de niño. Nadie lo ha visto. Lo hemos soñado. Lo único que hay de verdad es esta cama, la oficina, el jefe, tu amigo el de los pisos... Mi mujer, chillando siempre; los chicos, diciendo palabrotas... Eso, eso es la verdad. La única verdad. (*Se ha ido incorporando poco a poco.*)

AMIGO.— (*Obligándole a echarse de nuevo.*) Procura dormir... Voy a marcharme, para que descanses.

CROCK.— (*Cogiéndole la mano.*) No te vayas. Me paso tantas horas rodeado de gente que no es mi amiga, que cuando estoy contigo no quisiera que pasara el tiempo. No te vayas.

AMIGO.— Me quedaré. Pero calla y descansa.

(*Entra FRIDA. Es una mujer apetitosa y limpia. Enciende la luz.*)

FRIDA.— ¡En la cama! Ahí puedes estar. Y luego, cuando llegas al pueblo, te llenas la boca de decir que te has pasado toda la semana trabajando. ¡Así, así es como trabajas tú!

CROCK.— Frida, hija, ¿cómo has venido?

FRIDA.— Con dinero prestado, en el coche de línea.

CROCK.— ¿Para qué?

FRIDA.— ¡Para que te vengas al pueblo! Tienes que arreglar un asunto.

CROCK.— Más complicaciones. (*Al AMIGO.*) Siempre hay más complicaciones.

FRIDA.— ¡Y qué complicaciones! El maestro fue anoche a casa...

CROCK.— ¿Don Froilán?

FRIDA.— A don Froilán le han jubilado. El nuevo fue a casa a decirme que los chicos no estudian y que han apedreado al ama del señor cura, y a la

sobrina del alcalde, y a un perro cojo. Se han comido los huevos del guarda de la cooperativa y no han dejado un farol sano.

CROCK.— Los chicos... Ya se sabe. Es mejor que sean traviesos.

AMIGO.— ¡Se hacen más fuertes!

FRIDA.— ¡No diga tonterías! ¡Se hacen más burros! Porque no estudian nada. Estuvo mucho rato...

CROCK.— ¿Quién?

FRIDA.— El maestro. Anoche. Le di café y anís. Estuvo en casa hasta muy tarde. Luego... (*Mirando al AMIGO.*) ¿No te importa que te lo cuente delante de este señor?

CROCK.— No, mujer. Es mi amigo.

FRIDA.— (*Fastidiada.*) ¡Los amigotes! ¡Tu diversión de siempre!

AMIGO.— ¡Señora!...

CROCK.— ¿Quieres hablar de una vez?

FRIDA.— Quiero, sí, señor. Luego nos pusimos a hablar de las cosas del pueblo, de por qué estaba allí con los chicos. Hablamos mucho rato. Es muy simpático... Me contó muchas cosas. Era ya el alba cuando se fue.

CROCK.— Bueno, ¿y qué?

FRIDA.— ¿No te lo imaginas?

CROCK.— ¿Me imagino qué?

FRIDA.— Quiso abrazarme.

CROCK.— Mujer, en el fondo no tiene mucha importancia.

FRIDA.— ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

CROCK.— Cuando vaya el sábado, por la noche, hablaré con él. Le diré que te deje en paz.

FRIDA.— No me dejará. Ha dicho que esta noche volvería a casa.

CROCK.— Pues eso no me parece bien. Es una desvergüenza.

FRIDA.— ¡Tienes que venirte al pueblo esta misma tarde!

CROCK.— No puedo.

FRIDA.— ¡Tienes que venir!

CROCK.— Tengo que quedarme aquí. La oficina... El dinero...

FRIDA.— (*Al AMIGO.*) ¡Luego le extrañará que un día me líe la manta a la cabeza! ¡Me tiene abandonada! (*El AMIGO hace un gesto de resignación.*)

CROCK.— ¡No es verdad! Voy todos los sábados a verte.

FRIDA.— Pero te vienes los lunes.

CROCK.— Para trabajar.

FRIDA.— ¡Para estar tumbado!

CROCK.— (*Nervioso. Muy bajo.*) Estoy malo, Frida.

FRIDA.— (*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Ya salió la enfermedad!

AMIGO.— Es cierto, señora.

FRIDA.— Usted se calla.

CROCK.— ¡Frida!...

FRIDA.— ¡Y tú también te callas! ¡Siempre enfermo! Pero esos trucos se te van a acabar. La gente ya te va conociendo. En la oficina saben que no has ido y que no estabas aquí cuando ha venido el médico a verte.

CROCK.— ¡El médico!

FRIDA.— El médico que han mandado para comprobarlo. Cuando yo estaba en la oficina ha telefonado para decir que no estabas en casa cuando ha venido. ¡Si hubieras visto la cara que ha puesto tu jefe!

CROCK.— (*Interesadísimo.*) ¿Qué ha dicho?

FRIDA.— (*Al AMIGO.*) ¿Lo ve? Sólo le interesan sus cosas. ¡A él qué le importa que el maestro me persiga!

CROCK.— ¡Vamos, Frida! ¿Qué ha dicho?

FRIDA.— No ha dicho nada. Ha puesto una cara muy divertida y muy rabiosa. Y se reía.

CROCK.— (*Aterrado.*) ¿Se reía?

FRIDA.— Sí. Y se ha frotado las manos.

CROCK.— (*Al AMIGO.*) ¿Se reía y se ha frotado las manos!

FRIDA.— Bueno, ¿qué? El maestro volverá esta noche a casa.

CROCK.— ¡Dile que se vaya!

FRIDA.— ¡No querrá!

CROCK.— ¡Échale!

FRIDA.— ¡Entrará!

CROCK.— Dile que lo sé yo.

FRIDA.— Se reirá.

CROCK.— (*Extrañado.*) ¿Por qué?

FRIDA.— No tiene miedo. Es joven y fuerte.

CROCK.— (*Amenazador.*) ¡Ese hombre no me conoce!

FRIDA.— Sí. Le han hablado de ti.

CROCK.— (*Hundido.*) Le habrán dicho que estoy muy débil.

FRIDA.— Por eso se ha reído. ¿Y sabes lo que me dijo? Que una mujer como yo necesita un hombre que la abrace y que la pegue cuando llegue el momento. Dice que él puede hacerlo... (*Con admiración.*) Y puede que sea cierto. Parece un mozo muy decidido. Es recio y alto. (*En tono más bajo.*) Tú siempre llegas cansado al pueblo. Ni siquiera me das un beso. Compréndelo, Crock; necesito un marido..., y tú no lo eres.

CROCK.— (*Irritado.*) ¡Si no lo fuera, no habrías parido dos hijos!

FRIDA.— ¿Se acaba el matrimonio cuando se han parido dos hijos?

CROCK.— Sí. O no. Puede que no. A lo mejor, sí se acaba. ¡Yo qué sé! Me duele la cabeza; estoy cansado. No hay pisos. No hay dinero. No hay nada. ¡Déjame en paz! Estoy harto de historias. Vuélvete al pueblo y dile a ese hombre que iré el sábado y le arreglaré las cuentas.

FRIDA.— ¡Tienes que ir hoy!

CROCK.— No puedo.

AMIGO.— ¿Quieres que vaya yo?

FRIDA.— ¿Usted?

AMIGO.— Puedo hablar con ese hombre...

FRIDA.— Eso es asunto de éste.

(*Entra la SEÑORA SLAMB con una carta en la mano.*)

SEÑORA SLAMB.— Esta carta... (*Se la da a CROCK.*)

CROCK.— ¿Quién la ha traído?

SEÑORA SLAMB.— ¿Eh?

CROCK.— (*Gritando.*) ¿Quién la ha traído?

SEÑORA SLAMB.— Un motorista. ¡Hacía un ruido con la moto!...

CROCK.— (*Mirándola.*) ¡Es de la dirección! (*La abre, lee y después queda absorto.*)

FRIDA.— ¿Qué dice?

AMIGO.— ¿Es algo serio? (*CROCK sigue un momento abstraído.*)

FRIDA.— ¿Quieres hablar? (*CROCK se pone la raída gabardina, que se había quitado al principio de este cuadro, y hace ademán de salir.*) ¿Dónde vas?

AMIGO.— No debes salir.

FRIDA.— ¿Te han dicho que vayas?

CROCK.— Sí.

FRIDA.— ¿Ahora mismo?

CROCK.— No, mañana. Pero si voy mañana, a lo mejor llego tarde. Adiós...
(*Va a salir. Le detiene el AMIGO.*)

AMIGO.— Espera; no puedes irte así...

FRIDA.— ¡Déjele que se vaya! Por lo menos, que mire por el pan de sus hijos.

CROCK.— ¡Cállate!

FRIDA.— ¡No me da la gana! ¡Lo que me voy a reír cuando me digan que te han echado!

CROCK.— ¡O te callas o...! (CROCK levanta la mano para pegarla. *Queda con la mano en el aire.*)

FRIDA.— (*Desafiante.*) ¡Anda, pégame!

CROCK.— (*Bajando las manos.*) Debía pegarte. Te lo mereces. ¿No dices que los hombres tienen que saber pegar?

FRIDA.— Los hombres, sí. (*Un silencio. Transición.*) Dame dinero. Tengo que volverme al pueblo.

CROCK.— No tengo dinero.

FRIDA.— Hoy han pagado en la oficina. Lo decían los altavoces.

CROCK.— Yo no he cobrado.

FRIDA.— ¿Por qué? (*Un silencio.*) ¿Por qué? (*Zarandeándole.*) ¿Por qué no te han pagado?

CROCK.— No estaba en la nómina.

FRIDA.— ¿Por qué? (CROCK se encoge de hombros.) ¿Por qué? (*Un silencio.*) ¿Te han castigado? (*Gesto de impotencia de CROCK.*) ¿Te han castigado! ¿No se te ocurre pensar en tu familia? ¡No! ¡Qué va! Lo único que te interesa es estar lejos de nosotros, vivir tu vida. ¡Pedazo de adoquín! Y ahora, ¿qué vamos a comer en casa? ¡Claro, tú comerás bien! Te gusta comer bien.

CROCK.— Me gustaba...

FRIDA.— ¡Lárgate a la oficina y arregla tus asuntos! (CROCK hace ademán de salir.)

AMIGO.— Te acompaño.

FRIDA.— ¿De juerga?

AMIGO.— No, señora. Tengo que ir a recoger unos bonos de comida... Son gratuitos. Hay que comer...

FRIDA.— ¿Oyes? Hasta tu amigo lo dice. ¡Hay que comer! ¡Podías pedir, al menos, unos bonos para nosotros!

CROCK.— Yo no tengo derecho. No estoy cesante.

FRIDA.— ¡Y luego te irás por ahí con él!

CROCK.— Sí, me iré de juerga. Cogeré una mujer guapa y bien vestida, alquilaré un coche y me la llevaré al campo a comer cochinitillo asado y beber champaña. Luego me marcharé con ella a un baile, y cuando esté reventado de bailar, nos iremos a un hotel tranquilo. Uno de esos hoteles con alfombras de un palmo. Seguiré la juerga hasta que no pueda más divertirme, hasta que me muera. ¿Te gusta el plan? ¿Por qué no vienes? ¿Eh?

FRIDA.— ¡Clarito que voy! Ahora mismo.

CROCK.— *(Más calmado.)* Pero, mujer, compréndelo. Tengo que ir a la oficina.

FRIDA.— ¡Pues vamos a la oficina!

CROCK.— Mujer, ¿cómo vas a venir? Eso es cosa de hombres.

FRIDA.— ¡Vamos!

(CROCK hace un gesto de resignación. Mira al AMIGO, que hace un gesto de impotencia. Luego mira a su mujer.)

CROCK.— Vamos...

(Salen los tres. Oscuro.)

CUADRO CUARTO

En la oficina de CROCK otra vez. Ahora, en el lujoso despacho del señor DIRECTOR, como diría FRANK. Al fondo hay un sillón que tiene algo de trono. Está pegado completamente al foro y ante él hay una gran mesa, una mesa enorme.

(Sentado en el sillón, el DIRECTOR. A ambos lados, ligeramente inclinados, hablándole, están FRANK y LIVI. No es posible entender lo que hablan. Por un lateral entra el CONSERJE. Desde que entra adopta una postura ridícula. Se acerca hasta la mesa andando a cuatro patas. Dice algo; los otros tres comentan lo que acaba de decirles, y,

por fin, FRANK da una orden al CONSERJE, que se retira como entró, pero caminando esta vez de espaldas. Al cabo de un momento aparecen en la puerta CROCK y su mujer. Cesa la música de golpe.)

CROCK.— ¿Da su permiso?

FRANK.— ¿Qué desea?

CROCK.— He recibido esta carta...

FRANK.— Al señor Director no se le importuna porque haya recibido una carta.

CROCK.— Esta carta es suya.

FRANK.— ¿Es de usía ilustrísima? ¡Hable con propiedad!

CROCK.— Sí, eso, de usía. Y usía me dice en la carta que me presente a usía.

(CROCK tiene la carta en la mano.)

(LIVI se ha acercado a CROCK y le ha cogido la carta. El DIRECTOR la toma y la lee. Dice algo a FRANK.)

FRANK.— Esa citación es para mañana.

CROCK.— Mañana puede que ya no tenga solución mi asunto.

(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK.— Al señor Director eso no le importa.

CROCK.— Tiene que oírme antes de darme el cese. Necesito mantener a mi familia.

FRANK.— *(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)* Se ha instruido el oportuno expediente. Mañana sabrá usted el fallo.

CROCK.— ¿Pueden, por lo menos, decirme si me van a echar?

FRANK.— Mañana.

CROCK.— ¡Por favor, necesito saberlo!

FRIDA.— Verás cómo te echan. Y te lo tienes merecido. ¡Sí! ¡Merecidísimo!

CROCK.— Calla, mujer. ¿Me echarán?

FRANK.— Se está estudiando el voluminoso expediente. No se sabe nada. Mañana. Mañana.

CROCK.— *(Al DIRECTOR.)* Señor Director, mañana puedo haberme muerto.

DIRECTOR.— *(Con voz campanuda.)* En ese caso, aténgase a las consecuencias. ¿Quién es esa mujer?

(CROCK no responde.)

FRANK.— ¡El señor Director quiere saber quién es esa mujer!

CROCK.— Es Frida, mi mujer... Frida... Te presento al señor Director, al señor jefe de personal y al administrador mayor...

FRIDA.— Mucho gusto. ¿Cómo están ustedes? *(Se acerca y les da la mano. A los tres les ha cogido de sorpresa la reacción y no dicen nada.)* Hacen ustedes muy bien metiendo en cintura a éste. Hay que atarle corto. Los hombres, ya se sabe. ¡Si yo les contara a ustedes!

(Cuando va a tomar aire para seguir hablando la cortan violentamente.)

DIRECTOR.— ¡Basta! ¡Basta! *(A CROCK.)* ¡Es una falta de disciplina traer la esposa a la oficina! ¡Huy! ¡Un verso!

FRANK.— Un pareado...

CROCK.— Se ha empeñado en venir... Quería enterarse de mi asunto.

(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK.— El señor Director dice que es usted un calzonazos.

CROCK.— Ella tiene mucha energía. Un carácter muy fuerte, señor Director.

(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK.— El señor Director dice que se vaya. ¡Que se vaya ahora mismo!

CROCK.— Ya lo has oído. ¡Vete!

FRIDA.— ¡Ni hablar! Me quedo. Ahora es cuando esto se va a poner bueno, ¿verdad, señores jefes?

DIRECTOR.— ¡Que se vaya!

CROCK.— Mujer, vete.

FRIDA.— No tengo dinero para volverme al pueblo.

CROCK.— Pues yo tampoco...

FRIDA.— El coche cuesta tres duros.

CROCK.— ¡Píntalos! No los tengo.

FRIDA.— ¿Lo ven? Así me tiene siempre. Sin un céntimo. Nunca hay un duro en casa para un extraordinario. ¡Nunca! ¿Se dan ustedes cuenta, señores jefes? Pero ustedes no consentirán que me vaya andando al pueblo. Me darán un anticipo a cuenta de lo que tiene que cobrar éste el mes que viene. ¿Verdad que sí?

(El DIRECTOR le dice algo a LIVI.)

LIVI.— Fírmame un recibo a cuenta de lo que tienes devengado este mes, Crock. *(CROCK hace ademán de acercarse a la mesa del DIRECTOR. Conteniéndole con la mano.)* No te acerques.

FRANK.— *(Frotándose las manos.)* Hay que mantener la distancia. *(CROCK se pone de rodillas, saca un sucio papel y una punta de lapicero, chupa la punta y escribe, apoyándose en el suelo. Luego se pone en pie. Va hacia la mesa del DIRECTOR; pero FRANK lo contiene, mientras LIVI se acerca a coger el papel.)* ¡Quieto!

LIVI.— Dámelo a mí. *(Al DIRECTOR.)* Señor Director... Estos dispendios... ¿Por qué no le damos sólo trece pesetas?

FRIDA.— Pero ¡el coche cuesta tres duros justos!

(Gesto de magnanimidad del DIRECTOR.)

LIVI.— *(Triste.)* Ahí van los tres duros.

FRIDA.— Muchas gracias. Y descuiden. No volveré a molestarles.

LIVI.— De eso estamos seguros. *(Sonríe misteriosamente. Mira a los otros dos, que también sonríen.)*

FRANK.— *(Ante una indicación del DIRECTOR.)* ¡Y ahora váyanse!

CROCK.— ¡Necesito saber cómo va mi asunto!

FRANK.— Mañana.

CROCK.— Señor Director... *(Implorante.)*

DIRECTOR.— Mañana.

FRANK.— ¡Váyanse! Son las siete de la tarde y el señor Director tiene que despachar muchos asuntos importantes.

FRIDA.— ¿Las siete ya? ¡Qué barbaridad! Es tardísimo. Voy a perder el co-

che. *(Hace ademán de salir. Al llegar a la puerta se para y mira a su marido.)* Bueno, Crock, ¿qué le digo al maestro?

CROCK.— *(Violentísimo.)* ¡Mujer!...

(El DIRECTOR se levanta y escucha la conversación en pie. Hace un gesto a FRANK y LIVI y éstos le traen un pedestal. Él se sube y escucha.)

FRIDA.— Va a ir esta noche a casa. Tomará café conmigo y... Ya sabes lo que te he dicho. Me parece que ése es de los que no respetan nada. Yo no soy de piedra. Crock, ¿qué hago?

CROCK.— ¡No consientas!

FRIDA.— ¿Y si insiste?

CROCK.— ¡Dile que irá el sábado y le ajustaré las cuentas!

FRIDA.— No le importará.

CROCK.— *(Gesto de impotencia.)* ¡No puedo hacer nada más!

FRIDA.— Es alto y fuerte.

CROCK.— Tú eres buena, Frida. ¿Verdad que eres buena?

FRIDA.— Pero no soy de piedra, hijo, no soy de piedra. *(Un breve silencio.)*

¿Qué hago, Crock?

CROCK.— *(Sin fuerzas.)* Tú verás, Frida, tú verás.

FRIDA.— ¿Yo veré? ¡Está bien, yo veré! ¡Adiós! *(Sale.)*

(Los tres hombre cuchichean un momento.)

FRANK.— El señor Director quiere saber qué asunto es ese del maestro.

CROCK.— *(Muy violento.)* Nada de particular. No tiene importancia.

DIRECTOR.— Quiero saberlo.

CROCK.— *(Humildemente.)* Señor Director..., el maestro del pueblo persigue a mi mujer. Por lo visto, quiere conseguir algo.

DIRECTOR.— ¿Qué?

CROCK.— *(Gesto de entendimiento.)* Ya sabe...

DIRECTOR.— ¡Ah! ¿Su mujer es...?

CROCK.— ¡No, no, señor! Es muy decente.

DIRECTOR.— *(Confidencial.)* ¿Y usted cree que el maestro conseguirá algo?

CROCK.— Creo que... no.

DIRECTOR.— ¿Está seguro de que no ha conseguido nada aún?

CROCK.— Segurísimo.

DIRECTOR.— ¿Y que no conseguirá...?

CROCK.— No sé...

FRANK.— Sea respetuoso con el señor Director, ¡ea! ¿Lo conseguirá? ¿O no lo conseguirá?

CROCK.— ¿Y a ustedes qué les importa?

(Mirada del DIRECTOR.)

FRANK.— ¡Salga de aquí ahora mismo! Ésa no es forma de contestar.

CROCK.— Perdone; pero... yo no sé si lo conseguirá.

DIRECTOR.— ¡Fuera!

CROCK.— Es muy difícil decir sí o no. Mire, señor Director: por lo visto, él es muy tozudo y muy fuerte. Pero mi mujer es muy decente. Él es muy alto... No sé... ¡Mi mujer no es de piedra! ¡Yo no sé nada! Me duele la cabeza y estoy muy cansado.

FRANK.— Está bien. Puede retirarse.

CROCK.— En seguida. *(Transición.)* ¿Me van a echar?

LIVI.— Aún no se ha dictado acuerdo.

CROCK.— ¿Me echarán?

FRANK.— Mañana. Venga mañana.

CROCK.— Tengo que conservar ese sueldo. *(Timidamente.)* ¿Me echarán?

FRANK.— Mañana.

DIRECTOR.— Mañana.

LIVI.— Mañana se resuelve el expediente.

CROCK.— Pero necesito saber...

LOS TRES.— ¡Mañana, mañana, mañana, mañana, mañana!

CROCK.— ¡Hoy, quiero saberlo hoy; necesito saberlo hoy, hoy, hoy, hoy...!

(Repite el "hoy" con una insistencia desesperante. El DIRECTOR dice algo a FRANK y LIVI. Éstos empiezan a tocar todos los timbres que hay sobre la mesa del DIRECTOR y a descolgar todos los teléfonos que hay sobre la mesa de éste.)

(Aparecen los TRES EMPLEADOS.)

LOS TRES.— A sus órdenes señor Director.

DIRECTOR.— ¡Derróquenlo!

(El DIRECTOR, FRANK y LIVI señalan con el dedo índice la salida. Los TRES EMPLEADOS hacen una reverencia y se abalanzan sobre CROCK como tres fieras. Luchan con él. Está casi reducido, pero se revuelve y grita:)

CROCK.— ¡No me pueden echar! Le juro a usted que procuro hacer todo lo mejor que puedo. Le juro a usted que estoy enfermo. Le juro que me duele la cabeza, que me duele muchísimo la cabeza. Parece como si me estuvieran metiendo siempre un puñal en la nuca. *(Gesticula con la mano libre.)* Quiero oler las flores en primavera, quiero comer..., quiero respirar hondo... Quiero que me dejen en paz, quiero vivir en paz, quiero querer a todo el mundo. *(Se desvanece.)* Quiero ser simpático; pero ¿cómo se puede ser simpático, cómo?

(Cae al suelo. Los tres se sacuden las manos.)

DIRECTOR.— *(Firmando en el expediente.)* ¡Asunto despachado!

FRANK.— *(Secando la firma.)* ¡Asunto despachado! *(Muy alegre.)*

LIVI.— *(Poniendo su sello.)* ¡Asunto despachado!

(El DIRECTOR cierra el expediente y se deja caer en el sillón. FRANK y LIVI le aplauden. Luego, cada uno coge un tintero, los chocan y beben.)
(Telón.)

SEGUNDA PARTE

Han pasado sólo veinticuatro horas desde los acontecimientos ocurridos. Crock, sin duda alguna, estaba agotado y se ha ido a su casa a acostarse. Acostado le vamos a encontrar cuando empieza esta segunda parte. Crock, en este acto, lleva un pijama a rayas horizontales y un gorro redondo, de dormir. Sobre el pecho, en el lado izquierdo, lleva bordadas toscamente unas iniciales que recuerdan, no demasiado vagamente, los números de los presidiarios. En realidad, todo su atuendo debe recordarnos el de un recluso. Este pijama lo llevará en todas las escenas, hasta el final.

CUADRO PRIMERO

Habitación de la miserable pensión de CROCK. Por la mañana.

(Al alzarse el telón, la escena está completamente a oscuras. Poco a poco se va iluminando. CROCK está acostado. Hay un silencio. CROCK se incorpora levemente, se frota los ojos, da media vuelta y queda, mirando hacia el foro, amodorrado. Suena una graciosa musiquilla. Entra la patrona.)

SEÑORA SLAMB.— ¡Señor Crock! ¡Señor Crock! Es la hora.

CROCK.— (*Amodorrado aún.*) Déjeme cinco minutitos más.

SEÑORA SLAMB.— Ahí fuera hay un señor que pregunta por usted.

CROCK.— (*Igual.*) ¿Quién es?

SEÑORA SLAMB.— No sé.

CROCK.— ¿Qué quiere?

SEÑORA SLAMB.— Sólo me ha dicho que tiene que hablar con usted urgentemente.

CROCK.— (*Desperezándose.*) Está bien. Que pase. (*Se incorpora.*)

(La patrona sale. Al cabo de un momento vuelve a entrar, seguida por FRANK y por los tres empleados.)

FRANK.— Buenos días, señor Crock. (*Mira el reloj.*) Qué, ¿todavía en la cama?

CROCK.— (*Que ha saltado rápidamente y ya está en pie.*) Anoche no podía dormirme. Me dolía la cabeza... Sólo veía la escena de ayer en el despacho del Director... (*Los tres empleados se sientan en la cama.*)

FRANK.— ¡Del señor Director!

CROCK.— Sí, del señor Director. Era como una pesadilla. Me dormí cuando ya era de día. Pero... ya iba a levantarme.

FRANK.— De todas formas, habría llegado tarde a la oficina.

CROCK.— No crea. Tardo en llegar seis minutos.

FRANK.— ¿En el tranvía?

CROCK.— No, señor; corriendo.

FRANK.— ¡Bah, bah! De todas formas, ya ha pasado la hora de fichar. (*Abriendo su cartera de cuero negra y buscando.*) Vengo a notificarle el fallo del acuerdo recaído en el voluminoso expediente. No es necesario que vaya hoy a la oficina.

CROCK.— ¡Cómo! ¿Me autorizan a faltar?

FRANK.— En cierto modo, sí.

CROCK.— Pero tengo que ir. El Director... (*Corrigiéndose.*) El señor Director me decía en su escrito de ayer que tenía que presentarme hoy. ¿No recuerda que ayer por la tarde me dijeron que...?

FRANK.— No recuerdo nada de ayer por la tarde. Lo único que recuerdo son las órdenes del señor Director. No quiere volver a verle. Y he sido comisionado para notificarle el fallo personalmente.

(Entrega un sobre a CROCK. Éste lee. Suena una música de "jazz". CROCK deja caer lentamente el papel de las manos. FRANK se inclina, lo recoge y se lo entrega otra vez.)

CROCK.— *(Igual. Después de mirarle con desprecio.)* “En uso de las atribuciones que me están conferidas y a la vista del voluminoso expediente incoado contra Crock, de treinta y cinco años, empleado, casado y enfermo crónico, por rebeldía y acciones reiteradas de falta de acatamiento a la jerarquía, tengo a bien disponer: Primero. Que el encausado cese en su función a partir del día de hoy. Segundo. Que le sean retirados todos los derechos, tanto a efectos de jubilación por vejez, invalidez y enfermedad, como a efectos de salud, consideración humana y demás accesorios. Tercero. Se le prohibirá, asimismo, pisar los alrededores de esta Dirección en un radio de acción de quinientos metros. Queda de usted afectísimo, seguro servidor... Tantos de tantos de mil y tantos. Firmado: el Director. *(Mirando a FRANK con ojos de loco.)* ¡Lo han conseguido! ¿Por qué una venganza tan tremenda?

FRANK.— No es cosa mía. El señor Director, amigo Crock. Usted sabe que yo...

CROCK.— *(Cortándole.)* ¡Usted es el Jefe de Personal! Usted ha tenido que informar mi expediente.

FRANK.— ¡Dios me libre! ¡No sé nada!

CROCK.— ¡Dios le libre! Dios le tiene que librar de muchas cosas. *(Cogiéndole por las solapas.)*

FRANK.— *(Aterrado.)* Por Dios, Crock, no se violente. Yo no soy más que un subordinado. Yo no decido.

CROCK.— No. Algo peor: ¡intriga!

FRANK.— Bueno, me tengo que ir. *(Lo ha dicho tímidamente, asustado. Hace ademán de salir.)*

CROCK.— ¡Un momento! *(El otro se para.)* ¿Qué les he hecho yo?

FRANK.— Ayer vino el médico y usted no estaba en casa.

CROCK.— ¡Tenía que encontrar piso!

FRANK.— El informe del médico que vino ayer ha sido definitivo. *(Sibilino.)* Aparte de otras cosas que pertenecen al secreto del sumario.

CROCK.— Luego usted sabe cómo fue mi asunto.

FRANK.— He oído algo por la secretaría del Director. Las faltas de disciplina, las faltas de respeto, las faltas de compañerismo, las faltas de aplauso a las decisiones del señor Director...

CROCK.— ¡Las faltas! (*Pensativo.*) ¿Y puedo reclamar?

FRANK.— Los fallos del señor Director son inapelables.

CROCK.— Pero yo tengo derecho a defenderme. Lo dicen los códigos.

FRANK.— Nadie se lo niega. Defiéndase.

CROCK.— ¿Cómo? ¿No dice que los fallos son inapelables?

FRANK.— Completamente inapelables.

CROCK.— Entonces, ¿a quién reclamo?

FRANK.— Al Alto Tribunal de Apelaciones Inapelables.

CROCK.— Pero si los fallos son inapelables no me harán caso.

FRANK.— Eso ya no es cosa nuestra. Los tribunales son los que tienen que decidir. La oficina ha dictado su fallo.

CROCK.— (*Despectivo y escéptico.*) La oficina...

FRANK.— La maravillosa oficina.

CROCK.— ¿Quién es la oficina?

FRANK.— ¡Todo esto! (*Señalando a su alrededor.*)

CROCK.— ¡Ustedes son la oficina! El Administrador Mayor..., usted..., el Director.

FRANK.— Sea respetuoso. (*Recalcando.*) ¡El señor Director!

CROCK.— ¡Váyase al cuerno! ¡Y el Director también!

FRANK.— Esta exclamación se unirá al expediente.

CROCK.— ¡Únasela a las narices, si quiere! Para lo que puede servir ya...

FRANK.— Para ulteriores referencias, para ulteriores referencias.

CROCK.— Referencias... ¡Ja, ja, ja! (*Ríe estrepitosamente.*)

(Durante esta escena, CROCK dejó caer al suelo la carta en la que le comunicaban el cese y la SEÑORA SLAMB la ha recogido y la ha leído. Luego, haciendo bocina con la mano, ha escuchado atentamente el final de la conversación. Al ver reír a CROCK estalla, blandiendo el oficio.)

SEÑORA SLAMB.— Pues no le veo la gracia, señor Crock.

CROCK.— (*Riéndose aún.*) ¡Es graciosísimo!

SEÑORA SLAMB.— ¿Graciosísimo que le pongan de patitas en la calle? (*A*

FRANK.) ¿No es así, señor?

FRANK.— Así es, anciana señora.

SEÑORA SLAMB.— Usted está chiflado, señor Crock. (*A FRANK.*) Ya me parecía a mí que este hombre no andaba bien. (*FRANK asiente complacido.*) Figúrese que todas las noches cenaba un bocadillo de cuartilla.

FRANK.— Quién más, quién menos, cena tortilla.

SEÑORA SLAMB.— (*Que le ha escuchado muy atenta.*) No, nada de tortilla. ¡Cuartilla! Una cuartilla blanca doblada en varios pedacitos.

FRANK.— (*Iluminado.*) ¡Ah! Cuartilla blanca, ¿con membrete?

SEÑORA SLAMB.— No puedo decirle.

FRANK.— Se unirá al expediente. Esas cuartillas serían, sin duda, de la oficina.

CROCK.— Lo eran, ¡sí! ¡No se puede vivir del aire!

SEÑORA SLAMB.— No, señor. Y si no tiene dinero para pagarme tendrá que dejar libre el cuarto cuanto antes.

CROCK.— No se apure, señora Slamb. Conseguiré otra cosa. Me van a dar otro empleo. Un empleo en una oficina limpia, donde no hay ratas asquerosas como usted; una oficina donde se pueden oler flores y fumar pitillos.

FRANK.— ¡Me extraña! Una oficina así es una mala oficina.

CROCK.— ¡Lo será para usted!

FRANK.— Bien, no puedo entretenerme. (*Sacando un recibario.*) Firme aquí el recibí del cese.

CROCK.— ¡Para qué!

FRANK.— ¡Para cumplir el reglamento!

CROCK.— (*Rompiendo a reír.*) ¡A la porra el reglamento! ¡No firmo! ¡No firmo!

FRANK.— ¡Firme!

CROCK.— ¡No! (*Le saca la lengua.*)

FRANK.— ¡Ah!, ¿no quiere? ¡Está bien! (*Está muy furioso. Da dos palmadas. Los tres empleados se ponen en pie, se inclinan, se cuadran y permanecen inclinados levemente y en posición de firmes. FRANK les habla en tono discursivo.*) ¡Empleados! Un hombre indeseable, un hombre que ha sido compañero de ustedes hasta que la Providencia ha querido darle el cese y evitar así la contaminación, se niega a cumplir por última vez el reglamento. ¡Empleados!

LOS TRES.— ¡A la orden!

FRANK.— (*Haciendo trompetilla con la mano.*) ¡Tararííí' ...! (*Los tres arremeten contra CROCK, sacando tres plumas estilográficas muy grandes*

de sus chaquetas, las blanden a manera de sables. Reducen a CROCK y luego, uno de ellos, le coge la mano y le hace firmar. A CROCK sólo le falta echar espuma por la boca.)

LOS TRES.— *(Empiezan a pegarle mientras dicen:)*

Hay que respetar,
 hay que cumplir,
 hay que callar,
 hay que sonreír,
 ¡Toma, toma, toma,
 para que no tomes la oficina a broma!

(Dejan tullido al pobre CROCK, medio inconsciente. Saludan al Jefe de Personal y se van cantando:)

¡Viva la vida,
 alegre y divertida!
 ¡Viva la vida,
 alegre y divertida, etc. *(Salen.)*

SEÑORA SLAMB.— *(Viéndolos irse.)* No deben hacer eso. Si es malo castíguenle, pero no le peguen así; no hay derecho, no hay derecho. Si fuera mi hijo no les hubiera consentido...

FRANK.— *(Dando la mano a la Señora Slamb.)* Encantado, señora. Me retiro, porque aún tengo que notificar otros fallos. *(Dando la mano a CROCK, que sigue atontado.)* A su disposición siempre, señor Crock. ¡Buenos días! *(Le estrecha la mano. CROCK la retira con asco. Hace una reverencia y sale.)*

SEÑORA SLAMB.— *(Después de un largo silencio.)* No ha estado bien lo que han hecho. Lo siento.

CROCK.— Yo también.

SEÑORA SLAMB.— *(Animándole.)* Ha hecho muy bien haciéndoles creer que iban a darle otro empleo. Así no se reirán de usted, les dará rabia. Pero... yo no puedo tenerle en mi casa. No puedo permitirme el lujo de tenerle de balde. *(Le da el oficio del cese.)*

CROCK.— *(Gritándola, furioso.)* No pienso estar de balde. Ahora mismo iré a buscar a mi amigo y nos iremos a ver a un señor muy importante que ayer me prometió una colocación. *(Hace ademán de salir.)*

SEÑORA SLAMB.— *(Por el pijama.)* Pero ¿no se va a cambiar?

CROCK.— No tengo tiempo. A mi amigo le echan a las nueve del banco del parque para que se quede limpio... el parque, claro, y puedan entrar los niños a jugar. Si no le cojo allí ahora, ya no podré verle hasta la noche, y tengo que verle ahora mismo. ¡Ahora mismo! Es mi porvenir, señora Slamb. ¡El pan de mis hijos! No puedo quejarme. Creo que, al fin y al cabo, tengo suerte. Mi estrella no me abandona. Bendita sea mi estrella. ¡Y bendita sea usted también! *(Le da un beso muy fuerte en la frente.)* Adiós. Nos iremos ahora mismo a ver al señor importante. *(Respira hondo.)* Ahora hace un buen sol. Es el momento. Ahora o nunca. ¡Adiós! *(Sale.)*

(La SEÑORA SLAMB le ve salir, sin enterarse de casi nada.)

SEÑORA SLAMB.— No me venga con cuentos. Si no puede pagar, mañana se marcha de mi casa. Yo no trabajo gratis. *(Se rasca la cabeza.)*

(Vuelve a entrar CROCK.)

CROCK.— La pagaré, la pagaré... *(Vuelve a salir. Se oye cómo va repitiendo:)*
¡Ya lo creo que la pagaré! Voy a ganar mucho dinero... ¡Mucho dinero!... ¡Hijos míos, mucho dinero!

(Oscuro.)

CUADRO SEGUNDO

Oficina del señor importante.

(El señor importante está en la misma actitud que en la escena del primer acto. Suena el dictáfono. Él acciona.)

SECRETARIA.— *(Al dictáfono.)* Los dos hombres de ayer desean verle.

NEGOCIANTE.— Que pasen.

(El señor importante da, muy divertido, una vuelta al sillón giratorio y luego queda muy serio. Al cabo de un momento entran CROCK y su AMIGO.)

CROCK.— Buenos días.

AMIGO.— ¿Cómo está, don Ulrico?

NEGOCIANTE.— Divinamente. Buenos días. *(Acciona el dictáfono.)* Me quiere mandar las referencias que pedí ayer del señor..., ¿cómo se llama?

CROCK.— Crock.

NEGOCIANTE.— Del señor Crock.

SECRETARIA.— *(Al dictáfono.)* En seguida.

NEGOCIANTE.— Cuestión de un minutito. En seguida concretaremos. *(Entra la SECRETARIA con unos papeles. Se los da al NEGOCIANTE.)* Gracias. *(Sale la SECRETARIA. Mira detenidamente los papeles.)* Veamos... *(Lee. Un momento de silencio. Los dos AMIGOS le miran con nerviosismo. Deja de leer.)* Bien... *(Repasa de nuevo los papeles. Se pasa una mano por la comisura de los labios. A los dos AMIGOS.)* Estos son los informes. A la vista de estos informes no se puede decir que sea usted precisamente un santo, amigo mío. Escuche, escuche... *(Lee.)* “Es un hombre de escasisima capacidad para el trabajo... En cierta ocasión se le vio fumando un cigarrillo mientras resolvía un expediente. Durante los últimos tiempos se ha manifestado, además, como un hombre rebelde. Se ha rebelado contra las decisiones de la administración y se ha llegado a permitir la libertad de hacer preguntas a sus superiores. Sus constantes faltas al trabajo, así como su actitud soberbia y poco respetuosa, han obligado a esta casa (fundada en 1870) a iniciar un expediente contra él, a fin de declarar su inutilidad para el trabajo y la necesidad de su urgente expulsión de esta empresa.” *(Pausa.)* Si yo cometiera la insensatez de admitirle me expondría a una contaminación muy perjudicial para la buena marcha del negocio. Adiós, buenos días. *(Se pone en pie y les tiende la mano.)*

(CROCK está anonadado.)

AMIGO.— Pero ¡eso no es verdad! ¡Yo conozco a Crock!

NEGOCIANTE.— ¿Quiere decir que todo lo que dice este informe es mentira?

AMIGO.— ¡Sí!

NEGOCIANTE.— Entonces ¿por qué lo han escrito?

AMIGO.— ¡Yo qué sé! ¡Vaya usted a saber los porqués de todo! Es posible que alguien le mire con malos ojos.

NEGOCIANTE.— ¿Y por qué mirarle con malos ojos?

AMIGO.— Acaso envidia...

NEGOCIANTE.— (*Mirando a CROCK con asombro.*) ¿Envidia de esto?

AMIGO.— Sí, de esto. Los imbéciles sienten envidia de todo.

NEGOCIANTE.— Nada, no me convence. Un expediente es un expediente, y sus consecuencias se arrastran toda la vida.

AMIGO.— ¡El caso de Crock es injusto, don Ulrico!

NEGOCIANTE.— ¿En qué se funda para afirmarlo?

AMIGO.— (*Irritado.*) Conozco a Crock. Es bueno. (*A CROCK.*) Ya te decía yo que era mejor dejar todas esas cosas y dormir en un banco del parque. (*Al NEGOCIANTE.*) Yo tampoco sirvo para moverme entre los hombres. Pero me di cuenta al tiempo y decidí vivir lejos de ese horrible mundo de reglamentos y gaitas. Vivo en el parque.

NEGOCIANTE.— ¿Y qué es eso?

AMIGO.— ¿El parque?

NEGOCIANTE.— Sí.

AMIGO.— ¡Un lugar que sólo existe para los niños, para los viejos, para los enamorados y para los pájaros!

NEGOCIANTE.— ¡Ah, muy interesante! (*A CROCK.*) Pues nada, nada, váyase con el amigo a ese sitio. ¡Lo pasarán ustedes bomba! Por lo que a mí respecta, lamento mucho no poder hacer nada por ustedes. Aquí hay unas referencias y he de atenerme a ellas. Buenos días.

AMIGO.— Pero...

CROCK.— (*Poniéndose en pie y haciendo callar al AMIGO con un ademán.*) Déjalo. No hay argumentos. Además, ese informe, en parte, es verdad. El otro día puse un florero sobre mi mesa. Había empezado la primavera. ¿Sabe lo que es la primavera? (*El NEGOCIANTE niega.*) Pues la primavera... es la primavera. (*El NEGOCIANTE asiente perplejo.*) (*Transición.*) (*Queda mirando fijamente un objeto que hay sobre la mesa. Como para sí.*) Cuando leía en el periódico que se había cometido un crimen pensa-

ba que al criminal debían matarlo inmediatamente. Eso de los crímenes no está bien; no, señor. *(Cogiendo el objeto que miraba fijamente y que resulta ser un corta plumas muy afilado.)* ¿Qué es esto?

NEGOCIANTE.— Un cortaplumas

CROCK.— *(Pasándoselo por la mano.)* Está muy afilado. ¿Es muy caro?

NEGOCIANTE.— No.

CROCK.— Si tuviera dinero se lo compraba.

NEGOCIANTE.— No vale nada. Los damos de anuncio en mis fábricas. Se lo regalo.

CROCK.— Gracias. *(Lo guarda con mucho cuidado en el bolsillo. Silencio.)*
¿Quién firma este informe?

NEGOCIANTE.— Un tal...

CROCK.— ¿Frank?

NEGOCIANTE.— Exactamente.

CROCK.— Gracias.

NEGOCIANTE.— En fin, señores, son las once... He de comerme el pisco-labis y tengo que comprar muchas acciones. ¡Váyanse de una vez!

CROCK.— No se pare. Ya nos vamos y le dejamos en paz. *(Confidencialmente.)* ¿A usted le gusta la paz?

NEGOCIANTE.— Desde luego, pero... *(Hace gestos para que se vayan. Ya salen los dos AMIGOS.)* Vayan con Dios y que se diviertan. *(Al dictáfono.)* Señorita, búsqume en el diccionario la palabra “primavera”.

SECRETARIA.— *(Leyendo.)* “Estación del año que astronómicamente empieza en el equinoccio del mismo nombre y dura hasta el solsticio de verano. Durante esta estación el Sol atraviesa los signos de Aries, Tauro y Géminis.”

NEGOCIANTE.— ¡Qué tontería! *(Da una vuelta al sillón, muy divertido, y se queda muy serio.)*

(Oscuro.)

CUADRO TERCERO

En un parque. Un banco y un árbol. La escena, vacía.

(Entran CROCK y el AMIGO. CROCK se sienta con gesto de cansancio. Su AMIGO también. Un largo silencio. Lejos se oye una musiquilla agradable.)

CROCK.— Es curioso. Ya no tengo ni hambre. Todo es cuestión de acostumbrarse.

AMIGO.— Claro, estás disgustado...

CROCK.— No sé, pero es maravilloso. *(Sombrio.)* Si mis chicos tampoco tuvieran hambre...

AMIGO.— Se les quitará a medida que crezcan.

CROCK.— Sí. *(Pausa.) (Distraídamente saca del bolsillo el cortaplumas. Mientras juega con él.)* Es un crimen, un crimen... Los criminales no tienen derecho a nada. ¿Verdad que no tienen derecho a nada?

AMIGO.— Sí.

CROCK.— Yo tampoco tengo derecho a nada. Pero yo no soy un criminal, ¿verdad?

AMIGO.— No, no lo eres.

CROCK.— Y si no lo soy, ¿por qué no tengo derecho?

AMIGO.— Es mejor no pensarlo.

CROCK.— No puedo dejar de pensar. *(Mirando fijamente el cortaplumas.)*
¿Cómo puede haber hombres como Frank?

AMIGO.— No puedes hacer nada por remediarlo, nada.

CROCK.— ¡Sí puedo! Mataré al Jefe de Personal.

AMIGO.— Te llevarán a la cárcel.

CROCK.— ¡Y me darán de comer! *(Se pone en pie.)*

AMIGO.— ¡No lo harás!

CROCK.— ¡Claro que lo haré! Espérame aquí un momento.

AMIGO.— Pero...

CROCK.— En seguida vuelvo.

(Sale. La luz baja hasta dejar casi a oscuras la escena. El AMIGO se sienta, muy despacio, en el banco. Saca un

periódico del bolsillo y se pone a leer. Una breve pausa. La luz empieza a subir de nuevo, muy lentamente. El AMIGO está medio amodorrado. Cesa la música en el momento en que por uno de los laterales aparece CROCK. Trae el cortaplumas en la mano. Viene pensativo.)

AMIGO.— *(Mirando el cortaplumas.)* Bien hecho. Es muy importante limpiar bien el arma.

CROCK.— No la he limpiado.

AMIGO.— ¿Cómo le has matado?

CROCK.— No le he matado.

(Un silencio. El diálogo se hace más pesado, más denso.)

AMIGO.— ¿Se ha defendido bien?

CROCK.— No. Cuando me ha visto aparecer estaba pálido. Le temblaban las manos. Saqué el cortaplumas y me acerqué a él. Me miraba con terror. Traté de llamar a todos los empleados. Pero no podía llegar al timbre. Estaba temblando como un azogado. Juraba entre gimoteos que él no tenía la culpa, que era cosa del Director. Levanté la mano..., y cuando iba a clavárselo *(Por el cortaplumas.)* empecé a sentir asco de mí mismo. La mano se bajó sola, casi sin yo querer. Le escupí y me vine. *(Un silencio. Pensativo.)* Hace falta ser muy cobarde para matar a un hombre.

AMIGO.— *(Pensando también.)* Yo creo que hay que ser muy valiente.

CROCK.— *(Fuera de sí.)* ¡No, señor!

AMIGO.— ¿Estás seguro?

CROCK.— ¿Tú te atreverías?

AMIGO.— Hombre, puesto a hacerlo.

CROCK.— No, tú tampoco lo harías. *(Poniendo el cortaplumas en el banco.)* Ahí tienes; clávamelo.

AMIGO.— Tú eres mi amigo y no me has hecho nada.

CROCK.— *(Después de pensar un momento.)* Bueno, pues voy a hacerte algo para que me lo claves. *(Pone el cortaplumas en la mano del AMIGO.)*

Toma. Sujétalo bien fuerte. ¿Estás preparado?

AMIGO.— Sí, estoy... *(Sin saber lo que el otro pretende.)* Pero ¿por qué...?

(CROCK le da un puñetazo. El AMIGO le mira perplejo y se lleva la mano libre a la cara.)

CROCK.— *(Mostrándole el pecho, desafiante.)* ¡Anda, clávamelo, clávamelo! *(El AMIGO le mira perplejo y permanece inmóvil.)* Te estoy pegando, te estoy haciendo algo para que te defiendas. ¡Imbécil! ¡Idiota! Ya no eres mi amigo. No quiero volver a verte. Ahora eres mi enemigo. ¡Mi enemigo! *(Arremete contra él y le empieza a pegar furiosamente, mientras repite:)* ¡Mátame, atrévete a clavármelo, mátame! ¡Clávamelo! ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Idiota!

(Aparece el Vigilante del parque. Lleva un vistoso uniforme y una carabina en bandolera. Venía paseando lentamente, pero al darse cuenta de que dos hombres están riñendo se acerca, solícito, corriendo y los separa.)

VIGILANTE.— ¡Alto! *(Empuñando la carabina.)* ¡Alto o disparo! ¿Qué pasa aquí?

CROCK.— *(Jadeante.)* Nada.

VIGILANTE.— Déme eso ahora mismo. *(Le quita al AMIGO el cortaplumas.)*

¿Quería matar a este hombre?

AMIGO.— No.

VIGILANTE.— *(A CROCK.)* ¿Quería matarle?

CROCK.— No, no quería matarme.

VIGILANTE.— ¡No pretenderá encubrirle ahora! Él le quería matar con esto y usted se defendía pegándole. ¡Lo he visto yo!

CROCK.— No quería matarme. Hace falta ser muy cobarde para matar a un hombre.

VIGILANTE.— ¿Qué tonterías dice? *(Cogiendo fuertemente al AMIGO por el brazo.)* Usted queda detenido. Y usted váyase a casa a vestirse. Tendrá que ir a declarar.

CROCK.— No tengo nada que declarar. Este hombre es mi amigo. Yo, entiende, ¡yo!, estaba tratando de convencerle de una cosa, y entonces he cogido el cortaplumas y se lo he puesto en la mano.

VIGILANTE.— No me haga perder la paciencia. Si es su amigo, ¿por qué le pegaba?

CROCK.— Para demostrarle que hay que ser muy cobarde...

VIGILANTE.— ¡Basta de tonterías! ¡Quiero saber la verdad!

CROCK.— ¡Esa es la verdad!

VIGILANTE.— ¡Como diga una mentira más le detengo a usted también!

CROCK.— (*Acosado. A su AMIGO.*) ¡Vaya, ayúdame, defiéndete! ¡Dile lo que ha pasado!

AMIGO.— Es inútil. Él ha visto que yo tenía el cuchillo en la mano, dirigido hacia ti, y que tú me pegabas. Es el Vigilante. Entiende lo que ve. No se le puede convencer. Es inútil.

CROCK.— (*Sudoroso.*) Escúcheme, señor Vigilante. Este hombre no tiene ninguna culpa. Toda la culpa es mía. ¡Pida informes, pídalos! Ahora, cuando usted ha llegado, le estaba explicando...

VIGILANTE.— ¡Se acabó! (*Sacando unas esposas.*) ¡Quedan los dos detenidos! (*Coge a CROCK y le ciñe a una muñeca una esposa. La otra la amarra a un extremo del banco. Luego repite la operación con el AMIGO, en el extremo opuesto del banco.*) Por el momento, quedan los dos detenidos. ¡Y ni una palabra! Voy a consultar por teléfono con el Vigilante Jefe. Le explicaré el caso detenidamente, y según sus instrucciones actuaré.

CROCK.— Entonces necesitará que le explique...

VIGILANTE.— ¡A callar! ¡Yo sé muy bien lo que tengo que hacer!

CROCK.— Pero tendrá que decir al Comandante...

VIGILANTE.— ¡También sé lo que tengo que decir!

CROCK.— Pero ¿cómo le va a explicar el caso, si no sabe...?

VIGILANTE.— ¿Que yo no sé? ¡Esto es inaudito! ¡Yo lo sé todo! ¡Soy el Vigilante!

CROCK.— ¡Ah! (*Transición.*) Sin embargo...

AMIGO.— Calla. Es inútil.

VIGILANTE.— Exacto. Es inútil. ¡Como buen criminal, sabe usted que la Ley es la Ley, y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga! Si el Vigilante Jefe me confirma qué artículo hay que tener en cuenta, será usted ahorcado. Los criminales acaban siempre así.

CROCK.— No ha llegado a matarme.

VIGILANTE.— (*Recalcando.*) “¡No ha llegado a matarme!” ¿Lo ve? ¿Luego intentaba matarle? Pues bien, en ese caso es igual que si le hubiera matado. El crimen y la tentativa están castigados con la misma pena. ¡La horca!

CROCK.— ¡Si el que intentaba matar era yo!

VIGILANTE.— *(Al AMIGO.)* No crea usted que siempre se encuentra uno con una víctima tan bondadosa. A pesar de su intento, trata todavía de defenderle. ¿Por qué trata de defenderle?

CROCK.— No trato de defenderle. Trato de explicarle que...

VIGILANTE.— ¡Bah! Es igual. No servirá de nada. Ahora voy a consultar con el Jefe. En cuanto me dé órdenes concretas volveré a buscarlos. ¡Ah! ¡Y procuren no moverse!

CROCK.— ¡Si no podemos! *(Señala las esposas.)*

VIGILANTE.— ¡Es la fórmula! *(Sale.)*

(Un silencio.)

CROCK.— Yo no quiero que te pase nada.

AMIGO.— Ya lo sé, Crock; no te apures.

(Un silencio.)

CROCK.— ¡Ojalá me ahorcasen a mí!

AMIGO.— No. Piensa en los chicos. Te necesitan. Tienes que encontrar trabajo.

(Otro silencio.)

CROCK.— Nunca encontraré trabajo. Mañana iré al pueblo y no podré llevar ni una peseta.

AMIGO.— *(Lentamente. Pensativo.)* Yo tengo una solución... No sacarás mucho, pero de momento te resolverá y podrás llevar algo a tu casa.

CROCK.— ¿Sí? *(Iluminado.)* ¿Qué hay que hacer?

AMIGO.— *(Después de mirar con miedo a todas partes.)* Escucha. *(Se acerca a CROCK y le dice algo al oído.)*

CROCK.— ¿Y dónde hay que ir?

AMIGO.— ¡Pscht! No grites. Pueden oírnos. *(Le dice las señas al oído.)*

CROCK.— ¡Iré! Es una tremenda solución, pero es una solución. Todas las soluciones son tremendas. Gracias... *(Poniéndose triste.)* Pero lo que ahora corre más prisa es lo tuyo. ¡Estás en peligro! ¡Y por culpa mía! Tenemos que hacer algo para demostrar tu inocencia.

AMIGO.— (*Escéptico.*) ¿Qué?

CROCK.— Explicar detenidamente el caso.

AMIGO.— ¿Qué has conseguido tú explicando detenidamente tu caso?

(*Largo silencio.*)

CROCK.— No es posible.

AMIGO.— Sí.

CROCK.— Te... (*Ademán de cortar la cabeza.*)

AMIGO.— Sí.

CROCK.— ¿No te da miedo?

AMIGO.— Hay cosas peores.

CROCK.— Tienes razón. (*Súbitamente irritado.*) Pero ¡no es justo! ¡Toda la culpa es mía! ¡Si hay que ahorcar a alguien, que me ahorquen a mí! ¡La culpa es mía!

AMIGO.— La culpa no es tuya ni mía.

CROCK.— Entonces, ¿de quién es?

AMIGO.— ¡Cualquiera sabe!

(*Largo silencio.*)

(*Aparece el VIGILANTE.*)

VIGILANTE.— ¡Clarísimo! ¡Un caso clarísimo! No, si cuando yo me equivoque... (*Suelta a CROCK.*) Está usted libre. El Vigilante Jefe le felicita por tener un corazón tan grande y saber perdonar las ofensas. Pero me ha ordenado que le recomiende no entorpecer la acción de la Justicia en lo sucesivo. (*Toma al AMIGO por el brazo y hace ademán de salir.*) Vamos, tú te vienes conmigo. La Justicia te espera.

CROCK.— Por favor, señor Vigilante, escúcheme un momento. No se vaya todavía. Mi amigo no es un criminal. Es un buen hombre, no ha hecho mal a nadie. ¡He sido yo! Él estaba aquí. Hasta quería impedirme que...

VIGILANTE.— Si no se calla me lo llevaré también a usted y haré que lo encierren en un manicomio para siempre; ¿se entera?

CROCK.— Pues lléveme a mí también. Y ahórqueme con él. Por lo menos, eso saldré ganando de todos estos jaleos que no me puedo explicar. (*Al AMIGO.*) Sí, quiero irme contigo; es mi obligación. ¡Eres mi amigo, mi amigo, sí!

AMIGO.— Piensa en los chicos... Estarán en el pueblo esperándote para que los lleves a ver pasar el tren.

CROCK.— (*Sollozando.*) ¿Por qué todo se tiene que acabar así?

AMIGO.— Acaso no se acabe, Crock.

VIGILANTE.— ¿Qué tonterías están diciendo?

AMIGO.— Adiós, Crock; hasta la vista.

CROCK.— Pero...

AMIGO.— Adiós.

CROCK.— Pediré justicia.

AMIGO.— No pidas... Acuérdate de mí. No me compraron la pelota. Adiós.

VIGILANTE.— ¡En marcha!

CROCK.— Espere... No puede...

AMIGO.— Adiós, Crock.

(*CROCK baja la cabeza, consternado.*)

CROCK.— Adiós.

(*El VIGILANTE empuja fuera de escena al AMIGO.*)

AMIGO.— (*Antes de salir.*) Piensa en los chicos, piensa en los chicos...

(*Salen los dos.*)

CROCK.— ¡Esto es una barbaridad! ¡Una tremenda barbaridad! Tú eres inocente. Eres mi amigo. ¿Por qué me tengo que quedar también sin mi amigo? ¿Por qué no nos pueden dejar en paz? ¿Por qué hay tanta injusticia? (*Habla cada vez más alto. Se supone que los otros se van alejando lentamente. Gritando:*) ¡Eh! ¡Espere, señor Vigilante! No puede llevarse así. ¡No tiene ningún derecho! ¡Hay que escuchar a la gente! ¡La culpa es mía! ¡Completamente mía! ¡Sólo mía! (*Pasea, furioso, por la escena. De pronto, estalla en un violentísimo llanto. Lloro desesperadamente. Se deja caer de bruces sobre el banco y llora un momento con la cabeza entre las manos. Luego comienza una lenta transición, en la que su expresión va tomando un aire entre asombrado y enloquecido. Termina rompiendo a reír suavemente, para estallar poco después en*

estruendosas, estridentes y desagradables carcajadas.) ¡Qué barbaridad! ¡Parece mentira! ¡Qué barbaridad! ¡Esto es graciosísimo! ¡Es para morir de risa! ¡Es el colmo! ¡Parece mentira! ¡Se lo han llevado sin tener ninguna culpa! (A gritos.) ¡Eh, espere! ¡Es inocente! ¡El inocente más inocente del mundo! (Ríe estrepitosamente, hasta saltársele las lágrimas.) ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! (Las lágrimas nacidas de las carcajadas van fluyendo cada vez con más tristeza. Hasta que, por fin, el llanto se apodera de CROCK nuevamente. Murmura. Completamente asombrado:.) ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!...

(Mueve la cabeza mientras repite siempre lo mismo, como una letanía, entre sollozos. A la vez se deja caer pesadamente sobre el banco. Aparece el VIGILANTE, que le mira fijamente.)

VIGILANTE.— Parece usted tonto.

(Oscuro.)

CUADRO CUARTO

Alcoba del matrimonio CROCK, en la casa de la suegra, en el pueblo. Una cama vieja de latón, cubierta por una sucia colcha, y una mesita de madera, destartalada. Una silla con alguna ropa. Cuelga del techo un marco de ventana.

(Sentada sobre la cama, cose FRIDA. Hay un silencio. Entra CROCK. Viste su pijama de rayas horizontales. Trae la bicicleta, que dejará apoyada a los pies de la cama. Viene tosiendo, muy fatigado.)

FRIDA.— ¿Qué haces aquí? No te esperaba hoy.

CROCK.— Siempre es una buena sorpresa, ¿no?

FRIDA.— (*Agitada.*) Pues sí. (*Mirándole con recelo.*) ¿No tenías oficina?

CROCK.— No.

FRIDA.— ¿Y mañana?

CROCK.— Tampoco.

FRIDA.— ¿Qué fiesta es mañana?

CROCK.— No es fiesta. Ya no tengo que volver a la oficina.

FRIDA.— ¿Te han dado permiso?

CROCK.— No.

FRIDA.— ¿Te..., te han echado?

CROCK.— Sí.

FRIDA.— (*Fuera de sí.*) ¡Es lo último!

CROCK.— Sí, es lo último. Bueno, no. Lo último no es eso. Ha habido un error... Han colgado a mi amigo.

FRIDA.— ¡Todos debíais estar colgados!

CROCK.— Mujer...

FRIDA.— Colgados, sí. Hasta los chicos debían estar colgados.

CROCK.— ¿También los chicos?

FRIDA.— ¡También! ¿Sabes lo que han hecho hoy?

CROCK.— ¿Qué?

FRIDA.— Han apedreado al maestro.

CROCK.— ¿Por qué?

FRIDA.— No sé, no sé, no sé.

CROCK.— Hablaré mañana con ellos.

FRIDA.— ¡Nada de hablar! Tienes que castigarlos.

CROCK.— Bueno. (*Pensativo.*) No está nada bien apedrear al maestro. ¿Tú cómo te has enterado?

FRIDA.— (*Turbada.*) Vino anoche el maestro a tomar café y me lo dijo.

CROCK.— Estos chicos están sin civilizar. Hay que llevarlos cuanto antes a la ciudad. Allí se educarán y se harán unos hombres de pro. ¿Qué querrá decir eso de “pro”?

FRIDA.— ¡Yo que sé! Lo único que sé es que no conseguirás que sean algo más que tú. ¿Y en qué se han fundado para echarte? (*CROCK no responde. Le da un papel. El oficio en que le notificaron el cese. Después de leer.*) ¿Y quién te manda fumar mientras trabajas?

CROCK.— Sólo fue un pitillo. Aquel día estaba contento.

FRIDA.— ¿Y quién te manda estar contento?

CROCK.— Sólo fue un día.

FRIDA.— Cuando se tiene una familia a la espalda no se puede estar contento ni un solo día. (*Largo y penoso silencio.*) ¿Cómo piensas que vivamos?

CROCK.— No sé.

FRIDA.— No pensarás cruzarte de brazos. Tendrás que buscar otro empleo.

CROCK.— Sería inútil. Pedirán informes.

FRIDA.— Tú no has hecho nada malo.

CROCK.— (*En tono más alto.*) Pedirán informes, Frida.

FRIDA.— Que los pidan. Nadie puede decir que eres un ladrón.

CROCK.— (*Fuera de sí.*) ¡No entiendes nada! ¡Eres muy bruta! Pedirán informes, ¿entiendes? (*La otra niega.*) No, no lo entiendes, pero es igual. (*Como un lamento.*) Pedirán informes. (*Se sienta; respira fatigado.*)

(*Se oye lejos la campana de una iglesia.*)

FRIDA.— ¿Qué hora es?

CROCK.— Alrededor de las once y media.

FRIDA.— ¿Las once y media ya? (*Está agitada.*)

CROCK.— Poco más o menos.

FRIDA.— (*Paseando nerviosa.*) Ya es hora de acostarte.

CROCK.— Sí, ya es tarde. Y estoy muy cansado. (*Haciendo ademán de meterse en la cama.*) Cada día me canso más.

FRIDA.— ¿Qué vas a hacer?

CROCK.— Acostarme.

FRIDA.— ¡Ni hablar! Si quieres acostarte, vete al pajar. ¿Qué te has creído? ¿Que se puede venir a dormir tranquilamente a casa sin tener un empleo?

CROCK.— Los cesantes también duermen.

FRIDA.— Los cesantes, puede. Tú, no. (*Autoritaria.*) ¡Al pajar!

CROCK.— Está bien... (*Se encamina hacia la puerta con paso cansado.*) ¡Ah!, no me acordaba ya. (*Se para. Saca las medias del bolsillo y unos paquetes de caramelos y algunas monedas.*) Toma... Son unos caramelos. Para los chicos. Y estas medias, para ti, para que vayas elegante a misa el domingo. Me gusta que vayas bien. Creo que con este dinero podrás arreglarte de momento. (*FRIDA está perpleja.*) Venía tan cansado que ni me acordaba... Me canso cada vez más. (*Respirando hondo.*) ¡Qué bien se está aquí! No hay casas altas. Se puede ver el cielo a cualquier hora.

FRIDA.— ¿De dónde lo has sacado?

CROCK.— ¿Qué?

FRIDA.— Esto... ¡El dinero! ¿Te han dado un anticipo?

CROCK.— ¡Eso! ¡Un anticipo! Sí, un anticipo. Todo es un anticipo. El olor del pueblo, cuando se entra por las eras, es un anticipo de paz. Huele a campo, a leña quemada y a moñigos... ¡Qué bien huele! (*Acercándose a la ventana y mirando fijamente.*)

FRIDA.— ¿De dónde lo has sacado?

CROCK.— ¡Déjame en paz! Me gusta estar en paz.

FRIDA.— ¡No lo habrás robado!

CROCK.— Pero ¿qué estás diciendo? Robar, ¿qué? ¿La paz? Si se pudiera robar, yo la robaba...

FRIDA.— ¡Qué paz ni qué demonios! Digo el dinero. ¿De dónde diablos lo has sacado? ¡Dilo ya de una vez!

CROCK.— (*Dejándose caer a los pies de la cama.*) Es muy fácil. Hay que ir a la Facultad de Medicina. Allí preguntas por el Instituto Anatómico. Te señalan una puerta y entras. Dentro hay poca cosa... Unas mesas de mármol inclinadas y un par de hombres con caras extrañas que se dedican a inyectar formol en los muertos y a guardarlos en los armarios. Les dices que quieres venderte; te miran, te remiran el cuerpo, te palpan los brazos y las piernas, te miden el cráneo y luego te hacen firmar un papel en el que dices que, cuando te mueras, tu cuerpo les pertenece. Me han dado ochocientas... Yo he regateado, sabes, pero ¡nada! Aquellos hombres eran como cuervos. Por lo visto, los hombres no les interesan. Sólo los muertos. Me han dicho que compran estas cosas para que puedan estudiar los muchachos. Lo estudiantes lo aprovechan bien: lo hacen todo cachitos y muy pequeños. (*Con rabia.*) Me gustaría entregarme a ellos hecho cachitos. Sería mi única posibilidad de venganza. ¡Me cobraría tantas cosas!... (*Pausa.*) ¡Bah! Hay que pensar otras cosas más alegres. Te aseguro que me gustaría pensar en cosas más alegres: pero ¿cómo, cómo? No se me ocurre nada. Pienso en el chico que estudie en mis brazos y mis piernas. Por lo visto, hay muchos chicos que estudian y necesitan muchos cuerpos. Él también pensará en mí. (*Preocupado.*) ¿O no pensará? No; eso, no. ¡Tiene que pensar! Jugar con la carne de un hombre, aunque huele a formol, es algo muy serio, ¿no te parece? (*Su mujer le mira atónita.*) He pensado que me voy a hacer un tatuaje con mi nombre para que cuando me saquen del armario donde me tengan

archivado y me entreguen al estudiante que me corresponda... Bueno, el caso es que no sé si debo decir “el estudiante que me corresponda” o “al estudiante al que yo corresponda”; pero es igual. El caso es que así, antes de empezar a desgazarme, sabrá cómo me llamo y llamará a mis brazos y a mis piernas por mi nombre. ¡Es horrible que le confundan a uno! ¡Sí, horrible, horrible!...

(Queda con los codos apoyados en las rodillas, las manos caídas y la vista perdida acaso en la disección de su cuerpo. FRIDA se acerca y le acaricia la cabeza.)

FRIDA.— Crock... *(No contesta.)* ¡Pobre Crock! Yo creí que a ti no te importaban más que los amigotes y estar todo el día tumbado. ¿Por qué lo has hecho? Tu cuerpo es tuyo... ¡No puede ser de nadie por ochocientas ni por ochocientos millones! *(Se sienta a su lado y le besa.)* ¿Sabes que los chicos se van a llevar una alegría mañana cuando te vean? Siempre están preguntando por ti.

CROCK.— No me gustaría que estudiasen Medicina. Sería desagradable...

FRIDA.— No pienses tonterías, hombre. Podrán estudiar Medicina. Conseguiremos dinero para devolverles sus ochocientas y que te devuelvan tu cuerpo.

CROCK.— No; eso no. Todo lo que se consiga hay que guardarlo para ellos. No quiero que les pase como a mí. Quiero que estudien. Es mi obligación... Estudiarán, Frida; tienen que estudiar.

FRIDA.— Bueno, hombre, no te excites. Estudiarán.

CROCK.— Sí; no hay más remedio. No podemos exponernos a que sean como yo. Quiero que los respeten. Quiero que puedan sonreír. Quiero que no les puedan aplastar los hombres. Quiero que...

FRIDA.— *(Cortándole.)* Bueno, lo que tú quieras. Ahora debes acostarte. Estás muy cansado. *(CROCK se levanta y se marcha hacia el lateral con andar cansado.)* ¿Dónde vas ahora?

CROCK.— Al pajar.

FRIDA.— No, hombre, aquí.

(CROCK vuelve y empieza a desnudarse. Su mujer le ayuda a quitarse los zapatos. Cuando va a meterse en la cama se oyen unos golpes.)

CROCK.— ¿Qué es eso?

FRIDA.— (*Turbada.*) No sé.

CROCK.— ¿No has oído como unos golpes?

FRIDA.— No.

CROCK.— Pues juraría que eran unos golpes.

FRIDA.— (*Nerviosísima.*) No; no creo.

(*Vuelven a oírse los golpes.*)

CROCK.— Y ahora, ¿no has oído? ¿Habrán llamado?

FRIDA.— No. Será alguna rata. Por las noches arman mucho jaleo en el desván.

(*CROCK se mete en la cama del todo y se acomoda. Ella le tapa bien, aunque parece estar más pendiente de que ocurra algo distinto de lo que está haciendo. Se oye estrépito de cristales rotos. FRIDA corre hacia el lateral. Cuando casi va hacer mutis aparece el MAESTRO. Es, efectivamente, joven y fuerte. Trae un queso y una hogaza.*)

MAESTRO.— (*Fastidiado.*) ¿No me oías? Por poco tiro la puerta. Me he tenido que colar por la ventana. (*Le da el queso y el pan. Ella lo rechaza.*)

¡Vamos, tómalo, mujer! (*FRIDA le hace gestos para que repare en su marido.*) ¿Quién es este hombre?

FRIDA.— ¡Mi marido!

MAESTRO.— ¡Ah!... Encantado. (*Le tiende la mano.*) Yo soy el maestro.

FRIDA.— (*Nerviosísima, a su marido.*) ¿Verdad que es alto y fuerte?

CROCK.— Sí; es alto y fuerte.

MAESTRO.— Bueno, pues... (*Se muestra muy inquieto.*)

CROCK.— ¿Viene por algo de los chicos?

MAESTRO.— Exactamente, no.

CROCK.— Entonces...

MAESTRO.— Pasaba por ahí... y vi luz... Creí que estaría sola Frida y...

CROCK.— ¿A qué viene este hombre?

FRIDA.— Lo sabes muy bien. (*Gritando. Ante el silencio y la mirada helada de su marido.*) ¡Qué quieres, Crock; no soy de piedra!

CROCK.— Pero no te dije que...

FRIDA.— También te he dicho yo mil veces que me tenías abandonada.

CROCK.— ¿Qué podía hacer? ¿Dejarlo todo para venirme?

FRIDA.— Puede que hubiera sido lo mejor.

CROCK.— También puede que lo mejor haya sido esto. Así no me queda nada por sentir. ¡Ni el asco!

MAESTRO.— (*Al ver que la discusión sube de tono. Muy suave.*) Bueno, discúlpeme la molestia. Si hubiera sabido... que iba a importunarles, no habría entrado. Pero por mí no se apuren. Yo me marchó y asunto concluido.

FRIDA.— ¡Tú te quedas! ¿No decías que te ibas a reír de él en sus narices? Pues ahí está. ¡Ríete si te atreves!

MAESTRO.— ¡Por Dios, Frida! ¡Dios me libre! (*A CROCK.*) Yo soy muy respetuoso.

FRIDA.— ¡Hipócrita! ¡No mientas!

MAESTRO.— Es cierto que algunas veces me he reído de alguna cosa de usted que me ha contado ella. De las bofetadas que le pega a usted, de lo ridículo que resulta verle en la “bici” subiendo la cuesta del empalme... Pero, vamos, nada más, se lo aseguro. No la haga caso, señor Crock.

CROCK.— Crock a secas, es mejor.

MAESTRO.— No la haga caso, señor Crock. ¡Perdón!, Crock. Yo no he hecho más que lo que hubiera hecho otro hombre en mi lugar. Está sola y está muy aparente. (*A CROCK.*) ¿Verdad, Crock, que está muy aparente?

CROCK.— Sí.

FRIDA.— Te has pasado mucho tiempo detrás de mí hasta que has conseguido la cita...

MAESTRO.— ¡Porque en los pueblos se aburre uno y no se tiene nada que hacer!

FRIDA.— ¿Oyes esto, Crock? (*Gesto de resignación de CROCK.*) ¡Tú eres un cínico!

MAESTRO.— No me levantes la voz, Frida, o tendré que darte un bofetón.

FRIDA.— ¿Un bofetón? ¿Tú a mí un bofetón? ¡Ja, ja! ¡Hasta ahí podemos llegar!

MAESTRO.— Pues no molestes. ¡Cállate!

FRIDA.— ¡No me da la gana! ¡Sinvergüenza, cabrito, mal nacido! (*El MAESTRO le pega una bofetada. Ella queda un momento atónita. Luego se revuelve contra él. Forcejeando.*) ¿Qué te has creído? ¡Conmigo no se juega!

(CROCK se interpone y los separa.)

CROCK.— ¡No arméis tanto jaleo, que vais a despertar a los chicos!

FRIDA.— (*Jadeante.*) ¿Tú crees que hay derecho a que me insulte, a que me pegue?

CROCK.— ¿Qué quieres que te diga, Frida? Eso es muy personal. A mí me parece que si el señor Maestro te ha pegado, sus motivos tendrá. Es un hombre de principios, tiene una carrera...

FRIDA.— ¡Pegar a una mujer es de maricas!

MAESTRO.— No empieces..., no empieces...

CROCK.— (*Enérgico.*) ¿Queréis callar? Si queréis discutir esperad a mañana. Veréis todo con más claridad. (*Al MAESTRO.*) ¡Qué calor hace aquí! Me arde la cara. ¿Usted no siente calor?

MAESTRO.— No.

FRIDA.— ¡Este fresco...!

CROCK.— ¡Cállate!

FRIDA.— ¡No quiero!

CROCK.— ¡Necesito que me escuches!

FRIDA.— ¡No quiero escucharte!

CROCK.— Necesitas muchas bofetadas aún. Creo que el señor maestro te conviene. Él sabrá ser buen arriero. Yo no sirvo para estas cosas. A mí lo que me gusta es pasear solo, tranquilo, con los chicos de la mano y contarles historias bonitas... Son muy pequeños. No deben aprender todavía las cosas malas de los hombres. ¡Cuando sean mayores! Cuando sean mayores... tendrán tiempo de sobra. (*Al MAESTRO.*) Son muy listos. Hay que procurar que estudien una carrera. No me gustaría que estudiaran Medicina. Sería una desagradable coincidencia que... (*Pensativo.*) ¡Claro que a mí me gustaría que fueran médicos! Es una hermosa profesión. Hacer el bien, quitar el dolor a los hombres, compartirlo con ellos... (*Como si súbitamente hubiera tomado una decisión.*) ¡Qué demonios! ¡Que sean médicos! Ya me encargaré yo de que no nos encontremos para entonces. Y además... (*Como un loco. Con un hilo de voz.*) Me burlaré de ellos. El dinero sólo pueden reclamármelo a mí. Y si yo para entonces estoy hecho cachitos... (*Ríe.*)

MAESTRO.— ¿Qué dice?

FRIDA.— No lo entiendo. (*A CROCK, que va hacia el foro.*) ¿Dónde vas, Crock?

CROCK.— A dar un beso a los chicos.

FRIDA.— Acuéstate. Ya los verás mañana.

CROCK.— *(Como un lamento.)* Mañana... *(Con amarga sonrisa.)* No hay mañana. No tengo sueño. Quiero dar un paseo por ahí enfrente. Me gusta pasear debajo del cielo limpio. Las ideas se aclaran y se le olvida a uno tanta porquería... *(Sale.)*

FRIDA.— ¡Crock! ¡Crock!

(Intenta seguirle. El MAESTRO la detiene.)

MAESTRO.— Quiere dar un paseo. Déjale tranquilo.

FRIDA.— No, no quiere dar un paseo. *(Pausa.)* Pero será mejor... Quiere estar tranquilo. Necesita estar solo. En paz. Quiere respirar hondo. Pasear debajo del cielo limpio. Nunca se me había ocurrido pensar que pudiera ser bonito pasear sola por el campo una noche como ésta. *(Sobresaltada.)* ¿Qué hora es?

MAESTRO.— La media noche.

FRIDA.— ¡Las doce ya! *(Va a la ventana.)* Va camino de la estación, por la vía. Y está a punto de pasar el tren...

MAESTRO.— No pienses tonterías.

FRIDA.— *(Gritando.)* ¡Apártate, Crock! ¡Va a pasar el tren! *(Al MAESTRO.)* ¡Sigue por la vía!... ¡Crock! ¡Crock! ¡Va a pasar el tren! ¡Apártate a un lado! *(Empieza a oírse un tren que se acerca.)* ¡Ese hombre está loco! *(Muy alto.)* ¡Los niños están durmiendo! ¡Cuando te vean mañana se pondrán muy contentos y te darán muchos besos! *(El ruido del tren se aproxima.)* ¡Los niños quieren verte! ¡Estaban deseando que vinieras para jugar contigo hasta cansarse!... *(El ruido del tren se hace ensordecedor. Parece que está pasando por el patio de butacas.)* ¡Crock! ¡Crock! *(FRIDA lanza un grito, casi un alarido. Como si el grito hubiera sido una señal para que el tren se detuviera, se oye el chirrido de los frenos, el ruido de los vagones al golpear con los topes. Se hace un tremendo silencio. FRIDA y el MAESTRO se miran.)*

(Oscuro.)

FANTASÍA FINAL

Al iluminarse de nuevo la escena, sólo se ve la cámara oscura del escenario. En el centro, hecho un ovillo, en el suelo, y con una brecha en la frente, está CROCK. Suavemente empieza a oírse una marcha fúnebre que servirá de fondo hasta que se indique.

(Por uno de los laterales se oyen voces. Murmullo de gente que habla: “¡Hay que ver!” “¿Qué ha ocurrido?” “¡Es un hombre!” “¿Y está muerto?” “¿Y era joven?” “¿Y deja viuda?” “¿Y deja hijos?” “¡Qué desgracia!”, etc. Por fin, aparecen todos los personajes que han intervenido en la farsa. Todos, menos el AMIGO de CROCK. Parece como si fueran uniformados para un duelo. Todos visten de negro. Todos llevan maletines. Todos se acercan a CROCK y forman un corro a su alrededor.)

DIRECTOR.— Parece que está muerto.

SEÑORA SLAMB.— ¡Pobrecillo!

DIRECTOR.— Podríamos intentar ver si con la respiración artificial...

FRANK.— ¡Yo tengo aquí una aspirina!

LIVI.— Debe ser del hígado. ¡Del hígado! Yo padezco del hígado. ¡Hay que darle unas pastillas para el hígado! ¡Yo tengo unas muy buenas!

SEÑORA SLAMB.— Una cataplasma es lo mejor. Una cataplasma. Van muy bien las cataplasmas.

NEGOCIANTE.— Hay que ponerle esparadrapo en esa herida. Y darle vitaminas. Muchas vitaminas.

LOS TRES EMPLEADOS.— ¡Un pitillo! ¡Le sentará muy bien un pitillo!

MAESTRO.— ¿No será del corazón? Pónganle cardiazol.

FRIDA.— ¡Dios mío! ¡Pobre hombre!

SECRETARIA.— ¡Y es bastante majo!

SEÑORA SLAMB.— ¡Deja hijos!

NEGOCIANTE.— ¡Todos dejan hijos!

CONSERJE.— Hay que animarle. ¡Yo tengo aquí una hogaza!

NEGOCIANTE.— ¡Esparadrapo!

SECRETARIA.— ¡Qué majo!

LOS TRES.— ¡Un pitillo!

CONSERJE.— ¡Pan!

LIVI.— ¡Pastillas!

SEÑORA SLAMB.— ¡Cataplasma!

FRANK.— ¡Aspirina!

MAESTRO.— ¡Cardiazol!

DIRECTOR.— ¡Oxígeno!

VIGILANTE.— ¡Aire, aire!

FRIDA.— ¡Dios mío! ¡Pobre hombre!

(Todos lo dicen casi a la vez, mientras echan sobre el cuerpo de CROCK lo que dicen: pan, aspirina, etc.)

(Largo silencio. Por el lateral contrario al que han entrado todos aparece el AMIGO. Los demás no reparan en él. Se queda inmóvil en segundo término.)

VOZ.— *(Fuera de escena. Después de un toque de silbato.)* ¡Viajeros al tren!

DIRECTOR.— Tenemos que socorrer a este hombre. ¡Hay que ser humanitarios!

TODOS.— ¡Hay que ser humanitarios!

VOZ.— *(Después de un toque de silbato.)* ¡Viajeros al tren!

DIRECTOR.— Tenemos que ayudarle. ¡Es un caso de conciencia!

TODOS.— ¡Es un caso de conciencia!

VOZ.— *(Después de un toque de silbato.)* ¡Viajeros al tren!

DIRECTOR.— No podemos dejarle así. ¡Nos necesita!

TODOS.— ¡Nos necesita, nos necesita, nos necesita!

VOZ.— (*Después de tres toques de silbato.*) ¡Viajeros al tren!

AMIGO.— Vamos, señores. Van a perder el tren. Dense prisa.

TODOS.— (*Por CROCK.*) ¡Nos necesita!

AMIGO.— Dejen en paz a ese hombre. Está muerto.

DIRECTOR.— ¿Y usted cómo lo sabe?

AMIGO.— Lo estoy viendo. El tren le ha dado un golpe en la cabeza.

DIRECTOR.— ¿Cómo no habrá oído el tren?

TODOS.— (*Siempre como una letanía.*) ¿Cómo no habrá oído el tren?

DIRECTOR.— ¡Iría distraído!

TODOS.— ¡Iría distraído!

DIRECTOR.— ¡Que Dios le perdone!

TODOS.— ¡Que Dios le perdone!

VOZ.— (*Después de furiosos toques de silbato.*) ¡Viajeros al tren!

AMIGO.— Señores, suban al tren. Hay que seguir el viaje.

(Todos asienten. Empiezan a salir, después de santiguarse.)

DIRECTOR.— ¿Usted no viene?

AMIGO.— No. Me quedo. Ya he llegado.

(Sale. Los últimos en salir son los tres empleados, que encienden una vela, la colocan sobre la cabeza de CROCK y se van.)

LOS TRES.— (*Cantando.*)

¡Viva la vida,
alegre y divertida!

(El AMIGO los ve alejarse. Se acerca luego a CROCK y pega una patada a la vela. Cesa la música.)

AMIGO.— ¡Crock..., Crock..., soy yo! (*CROCK se incorpora. El AMIGO le ayuda.*) ¿Te has fijado qué noche tan bonita?

CROCK.— ¡Mira aquellas estrellas!... ¡Mira, mira allí, hacia la era!... *(Se oye de nuevo el silbido del tren. Ruido de cadenas que se tensan, chirridos. El tren se pone en marcha y se va alejando.)* ¡Está saliendo la luna!
¿Qué es aquello?

AMIGO.— El tren de los viajeros.

CROCK.— ¿Qué tren?

AMIGO.— Uno cualquiera. ¡Qué más da!

CROCK.— ¡Es verdad! ¡Qué más da! ¿Quieres que demos un paseo?

CROCK.— Es igual. Ya no tenemos prisa. *(Pausa.)* ¿Qué es eso?

AMIGO.— Parece el mar...

CROCK.— ¡El mar! ¿Vamos?

AMIGO.— Vamos.

(Se miran. Hay una pausa y empiezan a reírse. Sus risas van subiendo de tono. Empieza a oírse rumor de olas. Se cogen del brazo y, cuando van a salir, cae muy deprisa el telón.)